

A black and white close-up photograph of a person's face and shoulder. The person's eyes are closed, and their expression is serene. A tattoo of a butterfly is visible on the person's left shoulder. The text is overlaid on the image.

Carta a mi padre

Testimonio de una persona
transexual con discapacidad

COLECCIÓN
Testimonios sobre
DISCRIMINACIÓN 2

© CONAPRED 2008

Carta a mi padre.

*Testimonio de una persona
transexual con discapacidad*

Testimonio

Irina Echeverría

Entrevista y adaptación literaria

Lourdes Díaz

Fotografías

Irina: 9, 19, 27, 37, 41, 75

Antonio Saavedra: portada, 49, 52, 65,
83, 97

Grupo Editorial Expansión: 79, 91

[http://www.mexicodesconocido.com.](http://www.mexicodesconocido.com.mx/notas/4981-Un-palacio-con-historia-(Dsitrito-Federal))

[mx/notas/4981-Un-palacio-con-historia-\(Dsitrito-Federal\)](http://www.mexicodesconocido.com.mx/notas/4981-Un-palacio-con-historia-(Dsitrito-Federal)): 13

Edición

Arturo Cosme

Formación y fotoarte

Atril Editorial

CONAPRED

Dante núm. 14, col. Anzures,

Del. Miguel Hidalgo,

11590, México, DF

ISBN 978-970-9833-60-7

Se permite la reproducción total
o parcial de este material previa
autorización por escrito de la
institución.

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

Presentación	
GILBERTO RINCÓN GALLARDO	5
Un kilo de zapatos	9
El Palacio Negro	13
Una familia normal	19
Rumanía	27
En busca del <i>Che</i>	37
Contrapunto	41
Descubrimiento	45
Irina	49
Vivir mi vida ahora	57
Metamorfosis	65

Nélida	71
¿Amigos? ¡Para qué los quiero!	75
Vale la pena ser mujer	79
Prefiero estar viva	83
Inexistencia	91
Colofón.....	97

Presentación

Supongamos que en el sueño habitamos sin posibilidad de escape el cuerpo de otra persona: se llamará pesadilla. Supongamos que el espacio onírico se extiende hasta abarcar la única vida del soñante y que los demás advierten, oscura e imprecisamente, que divergemos. Nos hacen pagar la diferencia: en el mejor de los casos con indiferencia; más a menudo con rechazo, exclusión o violencia.

Supongamos que el sueño se dilata en una amplia noche gobernada por el tiempo plural, y que nosotros buscamos con dolor y pasión ser idénticos a nosotros mismos; es decir, que el cuerpo corresponda al alma y el alma a un cuerpo real y no a uno ajeno, extraño, impuesto...

Supongamos que no podemos.

Supongamos que un día –no importa si gris o luminoso– admitimos al fin que la dicotomía estaba allí, que siempre lo había estado y que habíamos tratado de ignorarla o silenciarla porque era distinta, y eso nos daba miedo. No sin razón: se suele temer a lo que no se entiende y por tanto se hace a un lado, pretendiendo que no existe para intentar –inútilmente– vivir sin sobresalto.

Sin embargo está ahí: viva, efectiva e incalificable, y es imposible o sumamente arduo suponer que nada pasa. Lleva muchos años de congoja y de secretas alegrías darse cuenta que no importa si dios se equivocó o no, pero que cartesianamente se puede dudar de todo, excepto de la relación de mí conmigo.

Supongamos que la última frase –nunca prístina para nadie–, no lo es en este sueño, en el cual el sexo del cuerpo y la identidad de la persona no coinciden. ¿Es un hecho incontestable del mundo que atenta contra mi felicidad y que debo aceptar como fatalidad?, ¿una relación social fallida, a la que debo adecuarme?, o ¿es mejor luchar contra los ritos, los prejuicios y el miedo de los demás para vivir como realmente soy?

La verdad no es indecible, a pesar de lo complejo del caso, sino clara y sin ambigüedades: nací hombre y soy mujer. Mi cuerpo no me corresponde y lo que nombro “yo” no está vinculado con él. No por eso es neutro o ajeno a mi identidad –yo soy yo en todos los casos–, y mucho menos cuando se es una persona con discapacidad. Yo soy yo, pero igual que todas y todos no lo soy de una vez y para siempre. Soy yo: este cam-

bio incesante e ineludible según el cual me elijo a cada instante, como tú. Sin embargo, en este prolongado sueño preciso además la reasignación de mi cuerpo para adecuarlo a mi identidad de género.

Supongamos, por último, que este sueño no es un sueño en absoluto, y que corresponde a la experiencia efectiva de muchas más personas de las que están dispuestas a reconocer quienes hacen las estadísticas. Si las hicieran: no tenemos registros precisos sobre cuántos seres humanos son transexuales y, en todo caso, éstos no servirían para calcular la cantidad de individuos cuyo sexo biológico no concuerda con su identidad de género.

Por eso el valiente e intenso relato que Irina Echeverría ha revelado generosamente al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) es un documento inestimable. Su seriedad, su sinceridad y su resuelto coraje no sólo nos acercan a una vivencia particular, sino a la de una multitud de personas en situación equivalente.

En mi calidad de presidente del CONAPRED me honro en presentar al lector, como segunda entrega de la colección “Testimonios”, una invaluable prueba de que es posible entender este tema, casi intocado, a través de la palabra. Según el espíritu de la serie se trata de un relato estrictamente real que reproduce, de la forma más directa posible, la voz de una persona que por sus condiciones de discapacidad y transexualidad ha sido reiteradamente discriminada... y ha sabido sobreponerse a ello con una asombrosa entereza.

Agradezco de forma pública la honesta valentía de Irina para relatar su testimonio, y a Lourdes Díaz el profesionalismo y talento que lo ha convertido en un libro que ayuda a promover una nueva cultura de la igualdad.

GILBERTO RINCÓN GALLARDO



Un kilo de zapatos

Comezón. Es el recuerdo más tangible que tengo de mi infancia: un escozor constante en todo el cuerpo y la desesperación de no poder rascarme. Tenía cuatro años y acababa de salir de una operación de la columna vertebral. Todo mi cuerpo estaba enyesado: brazos, piernas, tronco. A esa edad los niños en general transcurren la vida de manera menos dolorosa y muchas de esas remembranzas las guardo como pedazos de sueños lejanos. Evoco con tristeza que no podía moverme; usaba un pañal muy incómodo y mi madre tenía que cargarme para llevarme a la cama. Mi hermana Yolanda, que contaba con tres años, era la encargada de darme de comer. Ese calvario duró un año entero. Yolanda aprovechó mi dependencia para hacerse pasar como la niña madura y a mí como inútil.

Quizá no lo recuerdes con claridad porque lo del Partido¹ te tenía muy ocupado y estabas en Moscú por esas fechas. La que sí debe tenerlo muy presente es mi mamá. Cuando me diagnosticaron el posible Charcot-Marie-Tooht² (la polineuropatía degenerativa crónica fue diagnosticada muchos años después), comencé con las dificultades para caminar. Cada paso que daba con la pierna izquierda debía dirigirlo hacia afuera, como en una media luna, lo que provocaba que caminara de manera extraña, que me cayera y fuera perdiendo fuerza en las piernas.

En el Instituto de Neurología dijeron que era una secuela de polio y me pusieron aparatos para corregirla, pero la terapia no funcionó. En el Hospital 20 de Noviembre, el director de neurología aseguró que mi problema era causado por un tumor en una ramificación de nervios que se ubica al final del cóccix, conocida como *cola de caballo*, y decidió extirparlo, pero cuando abrió no encontró ningún tumor. Se le “figuró”, según comentó, que tenía muy estirado dicho músculo y cortó terminales nerviosas, razón por la cual a la larga me dejó sin caminar. Si no me hubieran operado aún podría andar con aparatos ortopédicos, pero la intervención quirúrgica debilitó mi columna, cadera y piernas.

¹ Se refiere al Partido Comunista Mexicano.

² La enfermedad de Charcot-Marie-Tooth o atrofia muscular peronea es un trastorno hereditario relativamente frecuente del sistema nervioso periférico. Se caracteriza por debilidad y atrofia, principalmente en los músculos distales de la pierna, peroneos, tibial anterior y gemelos. Se presenta con déficit preferentemente motor y en menor grado sensitivo de distribución distal y carácter progresivo, y con un comienzo en los miembros inferiores y eventual posterior afectación de los superiores.

Cuando me quitaron el yeso de todo el cuerpo, después de un año, presentaba una atrofia muscular impresionante en piernas y brazos: mis miembros parecían de trapo. Fui sometida a tratamientos de rehabilitación, ejercicios y masajes; después me pusieron unos aparatos ortopédicos para que pudiera caminar. ¡Eran horribles! Metálicos, pesados, nada estéticos y llegaban debajo de la rodilla. Cada zapato pesaba más de medio kilo. Me costaba mucho trabajo ponérmelos, mucho. Los odiaba, los aventaba, me enojaba y gritaba: “¡No puedo ponérmelos!”





El Palacio Negro

Tú no estabas ahí porque regresando de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) caíste preso en Lecumberri,³ pero no te puedes imaginar lo mal que me sentía cuando mi mamá me ponía los zapatos para que yo aprendiera cómo hacerlo; después me los quitaba y me decía: “Hazlo tú y te apuras, porque se me hace tarde para el trabajo”. ¡La odiaba!, le gritaba y recriminaba, pero terminaba poniéndomelos yo sola, con mucho sentimiento porque me lastimaban. Después aprendí que eran parte de mí y que sin ellos no podía caminar. Es muy complicado explicar cómo un aparato externo se convierte en un apoyo esencial para

³ Palacio de Lecumberri, también conocido como *Palacio Negro*: edificio ubicado en la ciudad de México que funcionó como penitenciaría de 1900 a 1976, famoso por que en sus crujías eran reclusos además de los presos comunes, los disidentes políticos. En la actualidad es la sede del Archivo General de la Nación.

algo que resulta natural al resto del mundo. Me acostumbré a ellos, aunque nunca los quise, los odie siempre. Este tipo de aparatos metálicos los usé hasta que tenía 14 años y los cambiamos por unos de fibra de vidrio que también llegaban arriba de la pantorrilla, pero podía usarlos con cualquier tipo de zapato. Estos eran menos invasores a la vista, a la estética y a los ojos de los demás. La gente ya no se me quedaba viendo como bicho raro cuando caminaba. Evidentemente mi andar era distinto, pero ya no estaban expuestos los horrendos zapatos metálicos.

En aquel tiempo ser preso político o militante comunista era el infierno, tú lo sabes mejor que yo porque estuviste tres años en la cárcel a causa de tus ideales políticos. Para nosotras, tus hijas, también fueron tiempos difíciles porque vivíamos con el estigma social. Cuando se enteraban los compañeros en la escuela, o sus padres, la consigna era: ¡no te juntes con esa gente! Estábamos sentenciadas, como apestadas. Fue una primera infancia muy complicada. Tratábamos de entender por qué los niños eran tan violentos, por qué sus padres no les permitían nuestra amistad y, al mismo tiempo, asimilar que estabas preso por tus ideas y no por haber cometido un delito.

Tú fuiste en un momento mi héroe, tú y todos los *compañeros* que estaban encarcelados porque ustedes iban a hacer *La Revolución*. Los quería y los admiraba inmensamente. Ellos, los presos políticos, fueron tu familia y también la mía. Fueron mi enseñanza. Todos vivimos mucha discriminación en Lecumberri, noso-

tros al ir a visitarlos, y ustedes, dentro, desde el maltrato físico y emocional hasta los intentos de homicidio. Como el asesinato de Pablo Alvarado. ¿Te acuerdas? Un dirigente estudiantil que cayó preso en 1968. Estaba acusado de tener una escuela de guerrilla. Me acuerdo mucho de él porque era el primero que salía a recibirnos cuando llegábamos a la cárcel a verte. Me cargaba en hombros, me hacía *caballito*, me regalaba dulces de esos que tienen pasitas adentro. A mí me encantaba, platicaba mucho con él; además era muy guapo... Lo mataron en la cárcel. Las autoridades lo detuvieron una noche, se lo llevaron a un supuesto interrogatorio, le inventaron un intento de fuga y lo acribillaron.

Pasar la revisión era sumamente humillante: me obligaban a quitarme mis aparatos ortopédicos que tanto trabajo me había costado ponerme. Les suplicaba y hasta trataba de explicarles; era inútil. Gritaba como loca, pero al final de cuentas me los ponía de nuevo pues del otro lado del corredor y las rejas estabas tú, mi héroe, y tus compañeros, mi nueva familia.

Dicen que en la cárcel se conoce a la gente; yo creo que sí. Es una escuela muy canija, que marca. Cuando la convicción de las personas es firme, esa enseñanza se puede transmitir y, por lo menos a mí, los compañeros me dejaron su ejemplo, compromiso y afecto.

Ahí conocí a Gilberto Rincón Gallardo, mi tío Rincón, como yo lo llamaba. En la cárcel vivimos cosas muy duras. ¿Te acuerdas del 31 de diciembre de 1969? Yo lo tengo tan presente. A todos los familiares de los presos políticos nos dejaron estar más tiempo de lo normal por

ser el festejo de fin de año. Cuando salimos estaba oscuro, era de noche. La puerta de salida estaba cerrada, así que le dimos la vuelta al torreón para salir por otra puerta, pero también estaba cerrada. Algo andaba mal. Nos sitiaron en un pasillo. De pronto se empezaron a ver sombras en la azotea: eran soldados armados. La reacción que tuvo la gente fue replegarse a la pared y gritar: “¡Presos políticos, libertad!”

Yo tenía cinco años y mi hermana Yolanda tres. Había más niños además de nosotras, pero imagínate lo que sentimos cuando nos empezaron a disparar. Escuchaba las ráfagas de metralla y pensaba que ya me habían matado. Juan Luis Colcheiro, hermano de Elvira, la que era novia de Pablo Gómez, me abrazó y me tiró al piso cubriéndome con su cuerpo. Tenía unos 15 años a lo más. De pronto escuchamos mucho ruido y gritos. Ustedes, los presos políticos, lograron salir de sus tres crujías –las C, M y N– para acercarse a ver por qué se escuchaban balazos. Al otro lado del redondel estaban los presos comunes, armados con picos, botellas, palos y tubos con órdenes de la dirección del penal de agredir a los presos políticos y de matar a Gilberto Rincón Gallardo.

Él no salió de su celda: ustedes lo protegieron. Los presos comunes atacaban a los políticos; fue una golpiza brutal, nosotros la veíamos a través de la reja. Me acuerdo cómo sonaban los tubos cuando chocaban con los cuerpos de la gente. Gracias a que eres muy alto tu cabeza sobresalía de toda la bola; de pronto alcance a ver que te dieron un botellazo y te perdí. Te grité muy fuerte: “¡Papá, qué pasó!” Media hora más tarde te volví a ver,

ya te habías levantado. Pero corría sangre, había gritos. Sentía la impotencia de no poder hacer nada porque una reja nos impedía acercarnos a la gente que queríamos.

Del otro lado del redondel, otra parte de los presos comunes se dirigió a la crujía donde estaba Gilberto y un compañero de nombre Rafael Jacobo, dirigente campesino también muy alto y corpulento; él detuvo la reja con sus brazos e impidió que los presos comunes entraran a atacar a Gilberto. Recibió más de 40 puñaladas. Jamás soltó la reja y todavía vive.

Nos dejaron salir del penal alrededor de las cuatro de la mañana sin saber cómo estaban nuestros familiares o si había muertos. Me acuerdo que se reunieron las esposas de los presos y decidieron redactar una carta para meterla en el *Excélsior*. A esa hora de la madrugada nos fuimos al periódico, pero no publicaron nada. Durante dos semanas no hubo visitas en Lecumberri, estuvieron prohibidas. Pero los mismos celadores del penal empezaron a adoptar actitudes de respeto hacia los presos políticos y sus familiares. A través de ellos nos enterábamos del estado de salud de ustedes. Tú sólo sufriste la descalabrada con el botellazo; sin embargo, hubo compañeros que resultaron con heridas fuertes.

En la cárcel estaba también un compañero guatemalteco al que le decían el *piraña*, no se por qué. ¿Lo recuerdas? Sufría de crisis epilépticas y tú eras el único que identificaba cuándo se le iba a presentar una. Haciendo lo que fuera, incluso estando con mi mamá o con nosotras, inmediatamente corrías a abrazarlo, le metías tu cartera en la boca, lo tumbabas al suelo y lo abrazabas

con una ternura... Yo pensaba: “Mi papá es bien buena onda, mi papá sí sabe querer”.

Aunque yo era una niña, esa etapa me marcó para toda la vida. Emocionalmente, los años más nutritivos, más afectuosos y en los que con más gusto yo tuve una relación contigo fue en la cárcel. Eras tan cariñoso y solidario. Me enseñaste a jugar ajedrez y póquer, me hacías cohetes con cerillos y papel de cigarros... Tú sí sabías como querer a la gente. Jamás volví a ver esas actitudes en ti después de la cárcel.



Una familia normal

La relación con mis hermanas Yolanda, Nayat y Yanira –las dos últimas nacidas durante tu estancia en Lecumberri– era francamente surrealista. Yo pasaba por un proceso muy difícil de la enfermedad y en la casa estaba prohibido hablar de eso. Mis hermanas se daban cuenta de que el padecimiento ya no sólo me afectaba las piernas, sino que comenzaba a atacar las manos; sin embargo, mi mamá no me permitía decirles qué pensaba o qué sentía al respecto, y ellas tampoco podían preguntar. Mi mamá decía: “No pasa nada, todo es normal, somos una familia normal. La enfermedad es un accidente y una enseñanza”. Lo mismo pensaba acerca de que tú estuvieras preso.

¿Te acuerdas del día que llegamos a la crujiá a visitarte y no saliste a recibirnos? Los compañeros nos dije-

ron que tenías *carcelazo* y no querías ver a nadie. El *carcelazo* era un síndrome de depresión que les daba a todos los presos. Mi mamá tocó la puerta de la celda y muy enojada te gritó: “¡Ábreme la puerta! ¿Cómo que deprimido? Si tú aquí tienes todo. Sí, estás encerrado, pero tienes donde dormir y garantizadas tres comidas al día. Tus hijos no comen y yo no tengo trabajo. Si estás preso fue un accidente de trabajo, y asúmelo así”. Estaba furiosa.

¿Sabes qué pensé?, que era muy dura contigo y con todos. En ese momento me sentí muy identificada, porque yo nunca tuve permiso para estar triste, deprimida o de enojarme con los aparatos; mucho menos para llorar, ¡nunca! Al principio lo hacía a escondidas, pero me encabronaba mucho hacerlo así; además, vivíamos en casa de mi abuela y no había privacidad.

La relación con mi madre era muy compleja. Yo la adoraba, la admiraba y le tenía un respeto total; procuraba cuidarla mucho. Ella era parte de mi cotidianidad entre semana: rehabilitación, hospitales, consultas, médicos; los sábados y domingos: la cárcel.

Aunque iba a la escuela, no era una prioridad. Cuando cursábamos la primaria, Yolanda asistía a una escuela oficial y a mí me inscribieron en una particular, de las llamadas *activas*, que eran colegios con alguna formación didáctica donde se practicaban las teorías de los modernos pedagogos como Makarenko o el profesor Ermilo Abreu Gómez. Ahí se intentaba que la relación alumno-maestro fuera más humana que académica, se trataba que el estudiante fuera autodidacta. Distaba

mucho de las escuelas oficiales, empezando por el número de niños; en mi salón éramos sólo 12.

Primera discriminación: ustedes sabían que mi enfermedad era física, no intelectual; por lo tanto, no me parecía válido ese argumento para que estuviera en un colegio de educación especial. Nunca me adapté a ese sistema, fui una persona muy conflictiva en la vida fuera de la casa, me corrieron de muchas escuelas.

Ante tal situación, cuando iba a cursar el quinto año de primaria me cambiaron a la institución donde Yolanda estudiaba. Ahí me apodaban *Urco*, haciendo referencia a uno de los gorilas que aparecía en la película *El planeta de los simios*, porque como los aparatos pesaban mucho yo tenía que encorvarme un poco para caminar, y efectivamente lo hacía como un primate. Los niños son muy crueles y buscan el punto dónde pegar. Me molestaba mucho el sobrenombre que me pusieron y la forma en la que se burlaban de mí. Además, me sentía sumamente impotente porque mi madre ya me había sentenciado si me volvían a correr de la escuela, razón por la cual yo buscaba no dar problemas y tragarme mi coraje.

Mi salón estaba ubicado en el tercer piso del edificio. Un día saliendo de clases, mientras bajaba, un niño me empujó de tal manera que rodé por las escaleras. Caí en el descanso sintiendo mi brazo izquierdo mojado, caliente y adormecido. Volví la cara y al darme cuenta que tenía una fractura expuesta no sentí tanto dolor cómo cólera. Vi bajar al culpable corriendo para tratar de brincarme y escapar, pero lo pesqué en el aire, le jalé

el pie y cayó hasta el piso siguiente. Con el brazo roto me levanté, bajé las escaleras, me monté en él y comencé a golpearlo. De pronto alguien me jaló por detrás y al sentirlo aventé una patada tan fuerte que, ayudada por el fierro de los aparatos, le hice un boquete a la pared de tabicón hueco que tenía enfrente. Recuerdo perfectamente la expresión de los niños: “¡Ohhh!” A partir de ese suceso pase de ser *Urco* al *hombre biónico*.

Me expulsaron sólo dos semanas de la escuela, a pesar de que en mi furia le tiré varios dientes y le rompí la nariz al chamaco agresor. Cuando regresé a la escuela tú me acompañaste. Al entrar vi a un niño con la cara parchada que me acusaba con su padre. En ese momento el estómago se me volteó al revés. El tipo, mucho más alto que yo, me tomó del brazo y me reclamó lo que le había hecho a su hijo; detrás de él apareciste tú y le dijiste: “Así que le pegas a los niños, cabrón”, lo enfrentaste y lo golpeaste. Te cuento esto porque a partir de entonces me convertí en la protectora de las causas perdidas: todos los niños de los grados inferiores me buscaban cuando los grandes les quitaban sus útiles o su torta; yo intercedía por ellos para que les devolvieran sus cosas. Con todo esto conseguí aceptación. Agresiones nunca dejaron de haber, sobre todo de los niños mayores, pero yo ya no me sentía sola, ya no me sentía burlada. Mi autoestima mejoró mucho porque sentía que me podía defender a mí misma y a los demás. El que no me hayan expulsado definitivamente de la escuela me tranquilizó porque comprendí que el conflicto no nada más era mío, sino que había

también un problema de aceptación de las otras partes que interactuaban en el ambiente escolar.

Como te darás cuenta, muchas cosas han sucedido a lo largo de mi vida que no pude compartir contigo; en especial, recuerdo un episodio tan doloroso que no tuve la confianza de contarle a nadie en su momento.

Tenía 10 años y pasábamos los domingos en casa de mi abuela materna –*Mamá Elenita*, le decíamos– con tíos, tías, primos y primas. En una de esas ocasiones Arturo, el hermano menor de mi mamá, me llevó a su cuarto mientras los demás jugaban el reglamentario *tochito*, con el pretexto de regalarme un álbum de estampas de Walt Disney. Yo estaba sentada en la cama de abajo –era una litera– y él estaba de pie frente a mí. Mientras hojeaba su obsequio, comenzó a acariciarme el cabello; cuando me di cuenta estaba frotando mi cara contra sus genitales, ocultos bajo el pantalón. Traté de separarme, pero me sujetó con fuerza y me dijo: “No grites ni hagas nada, yo tengo amigos policías que pueden meter a tu papá a la cárcel otra vez”. Me asusté mucho y pensé en mi mamá; el miedo me paralizó. De manera inesperada sentí su vientre peludo en mi rostro: metió su pene en mi boca. Súbitamente me soltó y repitió su amenaza: “Acuérdate que yo puedo meter preso a tú papá”. Corrí al baño y, con el cepillo de dientes que usaban mis tíos para asearse las uñas, me lavé la boca y la lengua, queriendo deshacerme de ese sabor: fue inútil.

Es complicado explicar por qué me sentí toda la vida culpable de ese incidente, cuando yo creía que con mi silencio los estaba protegiendo a ti y a mamá.

Los siguientes fines de semana fueron iguales. Yo no quería ir a casa de mi abuela, pero mi mamá nos obligaba para afirmar su fantasía de la gran unidad familiar. Uno de esos domingos Arturo me arrojó a la cama y, tras reiterar la advertencia de siempre, me sometió: me puso de bruces, bajó mis pantalones; el peso de su cuerpo me sofocaba. Sentí un dolor terrible y muchas ganas de ir al baño. Jamás olvidaré ese olor a semen y excremento mezclados, el vaho de su jadeo en mi cara.

Mi mamá me regañaba constantemente porque todos los días tenía sucios los calzones. Me ponía como ejemplo al *tío Rincón*, quien a pesar de sus dificultades físicas era un hombre limpio. Nunca pensó que su hija tuviera el esfínter lesionado por la bestia de su hermano.

No sé cuándo terminó eso. Creo que fue a partir de que le conseguiste aquella beca para estudiar medicina en Moscú. De cualquier modo, yo advertía que Arturo tocaba a mis primas y a mis primos igual que a mí, y nadie hacía nada. Al crecer, todo mundo se preguntaba por qué odiaba a ese tipo. En varias ocasiones nos agarramos a trancazos; incluso ya estando yo en la silla de ruedas un día nos encontramos en casa de *mamá Elenita* y al verlo sentado a la mesa, con su mirada burlesca y altanera, no pude resistir: me le fui encima a golpes, lo mordí hasta que me cansé; él también lo hizo. Nos separó el bastón de mi abuela y su sentencia: “Es tu tío, tienes que respetarlo”. Ale mi primo, que presencié la golpiza, no entendió sino hasta ahora el porqué de tanto odio, que hoy comparte conmigo.

Quizás en este punto te preguntarás por qué me refiero a mí en femenino y no en masculino. Bueno, en realidad mi sentir y mi forma de ver las cosas siempre fueron femeninas. Entonces no lo tenía muy claro, ahora sí.





Rumanía

A los siete años de edad me enviaron a Rumanía para operarme de una malformación en la pierna izquierda: el hueso se había deformado y se torcía hacia afuera provocando que al caminar cada paso dibujara un círculo y me cayera con mucha frecuencia al no controlar mi deambular.

Fue en julio de 1972 cuando mi madre decidió que me acompañases tú y no ella; según dijo para que al convivir nos pudiéramos conocer y acercarnos emocionalmente, ya que con todas tus ausencias no tenías idea del proceso de mi enfermedad y yo te tenía pánico por tus arranques de rabia hacia mí.

Así pues, abordamos el avión de Lufthansa que nos llevaría al encuentro de nuestro conocimiento mutuo. Viajaba con nosotros un compañero del Partido Comu-

nista Mexicano (PCM) que iría contigo a un congreso en la hoy desaparecida República Democrática Alemana (RDA); su nombre era Antonio Caram. El vuelo fue bastante aburrido, con los dos camaradas hablando de política, algo que yo, a mis siete años, no entendía, así que me ocupaba en leer o platicar con las sobrecargos y conocer la cabina del avión.

Cuando te dormiste no me atreví a despertarte: te ponías como ogro si interrumpían tu sueño. Así las cosas, no me quedó más remedio que aburrirme durante las 12 horas de viaje hasta llegar a Francfort, donde transbordaríamos dos horas más tarde para llegar a Bucarest.

El aeropuerto era enorme y estaba lleno de gente. Entrar al túnel transportador que nos llevaba del avión a la sala de espera era como estar en el rodaje de una película de ciencia ficción. En las tiendas vendían de todo y para una niña de mi edad aquello resultaba maravilloso. El vuelo a Bucarest fue novedoso, pues las hélices del avión soviético hacían mucho ruido y las turbulencias se dejaban sentir con mucho más fuerza que en el avión alemán. Unas cinco horas más tarde llegamos a Rumanía. Al pie de las escalinatas del avión nos esperaba una comitiva del gobierno rumano, de la cual formaba parte una joven hermosa con minifalda, quien sería nuestra traductora durante la estancia en ese país. Su nombre era Joana. ¿La recuerdas?

Nos hospedaron en el hotel del Comité Central, donde alojaban a sus invitados especiales. Era un edificio muy grande con un jardín enorme que al frente estaba lleno de flores, como en las construcciones de la realeza

européa. Se veía un poco viejo, pero muy lujoso, con formidables candelabros de cristal que daban un brillo majestuoso al lugar. En aquel hotel estuve una semana, mientras me hacían los exámenes médicos y me asignaban un lugar en el hospital.

Casi no te veía, sólo en el comedor o para dormir. Al mismo tiempo que a mí me sacaban sangre, me hacían radiografías y otras cosas de por sí horribles, tú estabas en reuniones o conociendo la ciudad. Las únicas ocasiones que salimos juntos fue al circo, donde sí me divertí, y al castillo de Drácula en Transilvania. Sin embargo, no lo conocí por dentro porque me dejaste en el coche; no tenías paciencia para ayudarme a caminar ya que tenía mi pierna enyesada. Ambas salidas fueron en compañía de Caram.

Joana era la única persona que estaba conmigo. Ella me enseñó la ciudad, sus jardines, algunos museos y el teatro. También me llevo al Mar Negro. Gracias a ella aprendí lo elemental del idioma rumano para comunicarme y no sentirme aislada en el hospital donde ella no estaría para ayudarme.

Por fin llegó el día. Después de desayunar, Joana y tú subieron al coche conmigo, íbamos al hospital. Al llegar se veían algunos vidrios rotos y muros descarapelados, según decían debido a la guerra. Tenía jardines muy grandes con muchos árboles. Luego de hablar con el doctor y de que nos explicara en qué consistía la cirugía, me llevaron a mi cuarto. Entonces me diste un consejo: “Pórtate como hombrecito, tienes que ser fuerte, luego nos vemos”. Joana me abrazó y me dijo que nos vería-

mos el domingo. Ustedes dos se marcharon y me dejaron sola en un lugar desconocido.

Me pregunto si tenías idea de cómo eran las cosas en el hospital. Estaba en un cuarto con cinco niños más. Recuerdo bien a una niña de aproximadamente cuatro años con los intestinos expuestos por una enfermedad congénita, siempre en cama y con una sonrisa en su carita pecosa. La habitación era muy fría, creo que eso era debido a un vidrio roto que permaneció así durante toda mi estancia; sólo cuando comenzó a nevar lo cubrieron con una cobija doblada.

Todas las noches lloraba mucho, en silencio le reclamaba a mi madre su abandono. Era horrible cuando se reunían los médicos a mí alrededor para auscultarme, todos asentían o negaban con la cabeza mientras yo no entendía absolutamente nada de lo que hablaban, aunque su trato fue siempre muy cariñoso.

Mi relación con los otros niños fue al principio muy difícil: yo sin hablar su idioma y sola, y ellos manifestaban la crueldad que suele aparecer cuando la gente de esa edad se encuentra en grupo. Los más graves estaban internados en cuartos especiales, acompañados de sus mamás.

Los días pasaban entre consultas y piquetes, entre burlas y golpes de algunos niños más grandes que yo. Había una enfermera que me adoptó y me protegía. Su nombre era Svetlana, tenía unos 25 años, la cara redonda, el cabello negro y corto, de piel muy blanca y de complexión un poco llenita. Con Svetlana me sentía menos sola. Ella fue la que puso claramente en

mi conciencia el deseo de ser mujer por primera vez, cuando un día me dijo que con mis ojos y mi cara yo debí haber sido niña. Aquello no me causó ningún malestar; por el contrario, me sentí muy querida. No sé explicarlo, pero fue la primera ocasión en que odié ser hombre. Svetlana repetía con mucha frecuencia su observación, hasta me llamaba su *niñita*; yo pensaba que era porque lloraba mucho, pero lo hacía de noche y ella no lo sabía.

Los domingos eran los días más felices, eran día de visita. Todos recibían a mamá y a papá... todos menos yo. Joana me hacía más liviana esa ausencia: me llevaba libros para colorear, cuentos, rompecabezas, juguetes para armar, algún pastel y, por supuesto, tus saludos, ya que estabas en reuniones por Europa o descansando en las montañas balcánicas.

Una noche lluviosa de septiembre, acostada en una camilla, atravesé el lúgubre pasillo que me conduciría al quirófano. Recuerdo pasar bajo las lámparas del techo a medio encender y las paredes alumbradas por los relámpagos de la tormenta nocturna. Cruzamos unas puertas grandes y vi al doctor rodeado de enfermeras junto a una cama de metal muy frío con una enorme lámpara arriba. Me acostaron sobre aquel helado metal y me dijeron que todo estaría bien, colocaron una mascarilla sobre mi rostro, el doctor me pidió que contara del 10 al uno y que respirara profundo y pausado. Entonces conté: 10, 9, 8, 7, 6...

Cuando abrí los ojos ya era de día y tenía tubos por todos lados. Mi pierna enyesada estaba sostenida del

techo por unos contrapesos con poleas; me espanté mucho, pero Svetlana estaba allí. Al día siguiente me llevaron a mi cuarto y me di cuenta, al permanecer varios días en cama, que entendía todo lo que escuchaba. Ya no me sentí tan sola, aunque no hubo un solo día en que no dejara de extrañar a mi madre y llorar por su abandono.

El espectáculo era hermoso. Todos los árboles se pintaban de oro y rojo y pronto dejarían sus troncos totalmente desnudos para el invierno. Mientras, el suelo se convertía en una enorme y crujiente alfombra con brillos de fantasía. Llovía casi todo el tiempo y los días se hacían más fríos. Entonces, las salidas al jardín fueron más cortas y teníamos que jugar adentro. Aprendí a convivir con todos los niños y ellos me conocieron bien. Al principio me cuestionaban mucho por la ausencia de mis padres, creían que me habían abandonado; sin embargo, yo les explicaba en todas las formas posibles que su trabajo, que su militancia, que la revolución y muchas otras cosas les impedían estar conmigo, pero no lo entendían. La verdad es que yo tampoco, y siempre terminaba justificando algo que yo misma reprochaba.

Sin darme cuenta cumplí ocho años. Era un día como cualquiera, yo ni me acordaba, pero a las tres de la tarde llegó Joana con un pastel y Svetlana trajo helado de nuez y varios platos. Todos mis amigos me cantaron algo que con el tiempo se me olvidó. Aquella noche, como todas, lloré: quería entender por qué me sentía castigada. La recomendación de “pórtate como hombrecito” me confundía mucho, ¿acaso los hombres no lloran? Entonces, cada vez con más ganas, odié no ser mujer.

Pasó el tiempo y llegó diciembre. Los médicos decidieron dejarme salir del hospital para que pasara las últimas semanas de convalecencia en el hotel. Una mañana fría tocaron la puerta del cuarto y al levantar la mirada te vi; tus palabras sonaron como el perdón que tanto esperé. Por fin me iría y estaba segura de que tú sí me querías. No importaban los cuatro meses de soledad, estabas frente a mí y me sacarías de allí.

Me despedí de todas y todos mis amigos, muchos ya se habían marchado y llegaron otros; ahora me tocaba a mí. A Svetlana la abracé muy fuerte y le juré que nunca la olvidaría. No sólo no la olvidé, sino que le tengo un enorme agradecimiento por ayudarme a sanar heridas de mi corazón y por estar dispuesta a quererme como soy.

Cuando llegamos al hotel fue como estar en casa; era un lugar familiar y muy bonito. Yo, créeme, quería verte de forma distinta, hasta te decía “papito”, como si así pudiera lograr que no me volvieras a dejar sola. En fin, las cosas fueron como antes: tú a tus cosas y yo con Joana. Por tener la pierna enyesada, los paseos fueron más escasos, sobre todo al caer las primeras nevadas.

Un día especialmente frío me asomé por la ventana y advertí algo que no había visto nunca: eran pedacitos de plumas o de algodón que caían muy suave del cielo. Entonces saliste del cuarto y me dejaste sola. Al ratito regresaste con una cubeta llena de nieve para que la tocara, pues si salía y la llegaba a pisar con el yeso podría tener algún problema con los tendones que me habían injertado. Ese fue uno de los gestos más tiernos que has tenido hacia mí en toda tu vida.

Llegó el fin de diciembre y del año 1972. En el hotel hubo una gran recepción y brindis por el año nuevo. Después de cenar me llevaste a dormir y regresaste a la fiesta. Cuando volviste a la habitación estabas borracho: hasta me diste un beso y me dijiste que me querías. No imaginas lo que eso significó para mí. Al amanecer, como a las siete, quise despertarte para que me llevaras al baño, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. Traté de ir sola, pero no podía moverme sin ayuda. Desesperada traté de dormir para ver si así me podría aguantar más, pero nada sirvió: me oriné, no pude evitarlo.

Muy asustada intenté tender la cama. Sin embargo, al despertarte me notaste nerviosa y quitaste las cobijas para descubrir lo que yo había querido esconder. Tu reacción fue inmediata. Cuando me di cuenta ya estaba tirada en el piso con la boca semiadormecida y sangrando; después, como un acto de humillación, colgaste la sábana de la ventana “para que todos vieran mis cochinadas”. Quise darte una explicación, pero no me lo permitiste. Me castigaste y no pude comer en todo el día.

Esa noche volví a llorar, te despertaste y me obligaste a escribirle a mi madre, diciéndole que yo era un “chillón maricón”; hasta me pintaste los labios con un bilé para marcar la carta con un beso de *niño maricón*.

Con el golpe se me aflojó un diente. Más tarde, le amarraste un hilo y tiraste de él. Eso sí, bajo mi almohada apareció un billete de cinco dólares que me dejó el *ratón*; con ellos compré una vajilla de porcelana para mi madre de regreso en Francfort.

En los primeros días de enero me quitaron el yeso; esta vez sí estuviste allí. El doctor encendió una sierra circular y cortó el yeso. Yo estaba aterrada. Por tu expresión parecías más nervioso que yo, pero lo peor fue cuando viste la herida y me quitaron los puntos; lo único que pudiste decir fue “puta madre”, mientras me acariciabas el cabello. Yo apretaba los ojos y los labios por el dolor cada vez que me jalaban las más de 20 puntadas.

A la semana abracé y besé muy fuerte a Joana. Lloré mucho cuando me subí al avión que tanto esperé para regresar a mi casa y ya no sentirme abandonada. Esos fueron los cinco meses más tristes. Nunca hablé de todo esto con nadie; ahora te lo cuento como lo viví porque al pasar el tiempo me sigue doliendo igual.





En busca del *Che*

Al hacerme mayor, lo habrás notado también, nuestra relación cambió mucho. No se qué transformación emocional tuviste después de la cárcel que te hacía tener mucho coraje contra mí. Yo te tenía terror. Aquel afecto, la admiración, el respeto que sentía por ti... todo se convirtió en pánico y resentimiento. Me pegabas por cualquier cosa, de la nada.

Cuando la enfermedad comenzó a afectarme las manos tenía dificultad para tomar las cosas y sostenerlas. La adaptación a esa nueva circunstancia fue lenta y complicada. Creo que para mí era más desesperante que para ti, pero reaccionabas con mucha violencia. Si se me caía un vaso en la mesa, inmediatamente me dabas una cachetada y me mandabas a mi cuarto sin comer. ¡Yo no comía por temor a tirar las cosas y a los

golpes! Me pregunto si no te parecía raro que a los 13 años sólo pesara 30 kilos.

A empeorar la situación ayudó mi hermana Nayat, que era tu consentida. Bastaba que ella te llamara para que tú llegaras soltando golpes sin preguntar. Como cuando íbamos a Acapulco, ¿te acuerdas? En la carretera me puse a jugar con Nayat; cosa rara, pues era algo que nunca hacía. Estábamos botadas de la risa cuando a ella se le ocurrió decir: “Papito, mira”. Orillaste el carro al acotamiento, volteaste y me estampaste el puño en la cara. Me quedé impactada y chorreando sangre. Mi mamá te reclamó y tú argumentaste que yo molestaba a mi hermana. Cuando Nayat te aclaró que sólo jugábamos, arrancaste el carro y por el retrovisor me advertiste que sólo era un escarmiento por si pensaba hacerle algo a tu *cuchi cuchi*.

¡Te odiaba! Cuando llegamos a Acapulco deseé que te ahogaras. Nunca te ahogaste y nunca dejaste de pegarme. Esa diferencia que hacías entre nosotras me hizo tener mucho resentimiento también hacia Nayat.

En el primer año de la secundaria reprobé cinco materias de siete. Cuando te enteraste, me propinaste una golpiza que me desmayó. No recuerdo cuándo terminaste de pegarme. Al recobrar la conciencia estaba en mi cama, boca abajo, con el cuerpo adolorido, algunas partes adormecidas y otras muy calientes.

Creo que reflejabas todas tus frustraciones en mí; como no pudiste hacer la revolución, pues te desquitabas conmigo. ¿O me pegabas pensando que atacabas a mi enfermedad que dices que tanto te duele? Sé que te

afectaba mi padecimiento, pero nunca me preguntaste qué sentía o si me dolía. Bueno, mi madre tampoco me preguntó si me dolía: daba por hecho que sí y que me tenía que aguantar.

No me quiero ni imaginar si en ese tiempo hubieras sabido el proceso interior que estaba atravesando un poco al margen de la enfermedad. Creo que no hubiera podido explicarles a ti o a mi mamá que a los siete años me daba asco lavarme los genitales cuando me bañaba: no veía hacía abajo, siempre mantenía la cara levantada. Si me veía completamente desnuda pensaba: “Ojalá que cuando crezca se me caiga el pene”. Esta fue una esperanza que albergué durante muchos años, hasta que entendí que no se me iba a caer. Algunas veces recurría a mi mamá para pedirle crema o pomada porque de tanto querer arrancármelo lesionaba la piel y me dolía por esa razón; ella siempre pensó que era muy precoz, asumía que me masturbaba con frecuencia y, siendo buena mujer de un macho como tú, estaba feliz. Pero no era cierto: yo lo que quería en realidad era quitármelo.

Al ir creciendo adquirí una fisonomía totalmente distinta a la que yo sentía por dentro. Era una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre. Para mí la pubertad fue horrible. De niña tenía una voz muy bonita y cuando comenzaron a salirme los *gallos* me sentí muy mal. Ni qué decir de los pelos en la cara. ¡Por Dios!, yo no quería eso, así que me rasuraba todos los días para que nadie viera los pelitos, pero eso ocasionó que salieran más bigotes y más barbas. ¿Cómo podía expli-

carte eso? Siempre tuve el cabello largo y eso era sinónimo de guerra con mi mamá que *muy sutilmente* me conminaba: “¡Córtate esas greñas!” No lo hice porque era lo único femenino que podía tener.

La complejidad en mi cabeza era terrible. Necesitaba aferrarme a un ancla y la encontré cuando en la escuela me prestaron una boina y uno de mis amigos comentó: “Oye, te pareces mucho al *Che* Guevara”. No te lo puedes imaginar, para mí fue como un vaso de agua fresca en el desierto. Tenía una identidad. Porque la de niño jamás me gustó, no la asumía, pero con este descubrimiento podía tener una personalidad de la cual sujetarme sin que me asfixiara. Y me empecé a disfrazar del *Che*, de tal manera que ahora veo fotos mías de esos años y pienso: “¡Híjole, este cabrón se parece mucho al *Che*!”

Aparte de adoptar un comportamiento ético y moral como el del *Che*, había encontrado un disfraz con el que me sentía compartida. Gracias a eso fue menos terrible pasar ese proceso de no aceptación de mi cuerpo, porque en un momento yo protegí ese disfraz y se convirtió en parte fundamental de mí. Lo asumí, lo acepté, lo quería, me gustaba, y así hice mi vida.



Contrapunto

Fui muy enamoradiza y muchas veces mal correspondida, la mayoría. No me podían decir: “¿Hola, cómo estás?”, porque ya estaba yo *cacheteando las banquetas*. La gran mayoría de mis parejas fueron mujeres, de las cuales tengo muchos recuerdos gratos, excepto de una, porque me fue como en feria con ella. Nunca pensé que una mujer pudiera ser tan maldita. Pensaba que si yo fuera así me pegaría un tiro. Desde luego, también hubo hombres.

A ti nunca te comenté nada de esto: me hubiera ido como en feria. La primera persona con la cual hablé sobre mis ganas de ser mujer físicamente y enfrentarme a la vida como tal fue un novio iraquí que tuve en Moscú, en 1981. Él me consideraba como su novio, pero yo le decía que era su *novia*. Él insistía en que eso no era

posible porque yo era un hombre, pero la primera vez que hicimos el amor, cuando nos quedamos abrazados, me dijo que no podía creerlo, que de verdad yo era una mujer. Le pregunté por qué y me respondió: “Porque haces el amor como una mujer”. Me sentí tan realizada y completa que le pedí que me hablara como lo haría con una novia: fue el primero que me aceptó como mujer. Él era bisexual. Una cantidad impresionante de los hombres árabes tienen prácticas bisexuales. Eso lo aprendí más adelante.

Sin embargo, cuando regresé a México volví a la realidad patriarcal que me ordenaba guardar todo lo emocional. Así lo hice. Después le platicué algo informal a mi primo Memo, algo así como: “¿Qué pensarías si te dijera que me gustaría o me hubiera gustado ser mujer?” Se puso furioso.

Nuca lo supiste, nadie lo supo, pero alguna vez Memo y yo tuvimos juegos eróticos. La familia de él era también muy rígida; su madre era hermana de la mía y, entonces, tenían la herencia de la dureza. Nunca más le volví a hablar.

En ese tiempo sentía que estaba loca, que a nadie más le pasaba lo que a mí. Creía que la naturaleza se había ensañado conmigo: primero con la enfermedad y después con esos sentimientos contradictorios. Te confieso que prefería cargar con la enfermedad, porque al menos era algo que ya conocía.

En el momento de mi vida en el que estaba conociendo mis capacidades erótico-afectivas fue cuando conocí a Nérida. Me enamoré de ella perdidamente,

nos casamos en Cuba y vivimos como pareja heterosexual más de 10 años.

Cuando nos casamos yo tenía 30 años, fue un acontecimiento político-social para los cubanos. ¡Hubieras visto!, la boda se transmitió en televisión, todos los periódicos recogieron la noticia, se transmitió en vivo en las estaciones de radio. Cómo no iba a causar tanto revuelo que dos mexicanos, en pleno periodo de crisis política y económica en Cuba, se atrevieran a irse a casar bajo las leyes revolucionarias cubanas cuando todo mundo salía huyendo de la isla para contraer matrimonio en otros países. A mi me gustó, me divertí y lo hice con un gran compromiso. Participábamos en ese entonces en la promotora Va por Cuba, hacíamos campañas de recolección económica y de petróleo para ese país: logramos mandar tres barcos de hidrocarburos, hicimos un buen trabajo.

Yo ya estaba en la silla de ruedas porque, como sabes, dejé de caminar a los 18 años y mi vida entonces se centraba más en el asunto de tratar de confrontar y sobrellevar la enfermedad que estaba deteriorando mi organismo que en ocuparme de mi femineidad, misma que dejé un poco en segundo plano.

No había comentado ese asunto de mi sentir como mujer con Nélide, pero en una ocasión que hablábamos de la posibilidad de tener una segunda vida, quizá después de la muerte, ella me preguntó qué me gustaría hacer o ser en ese universo alternativo. Le dije que me gustaría ser mujer. Nélide me respondió que si lo deseaba con mucha fuerza se haría realidad. Y lo desee tanto que aquí estoy.





Descubrimiento

Cierto día en la madrugada –tenía como 19 o 20 años– encontré en la televisión una película sobre una tenista estadounidense llamada René Richards, que retrataba un caso real. Se asumió como transexual y la cinta relata todo el proceso que eso implica: la dificultad de aceptarse, la complejidad psicológica, la ruptura familiar y social, la discriminación, la cirugía de reasignación y su lucha por reincorporarse a la vida. Ella logró que la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos le otorgara su reconocimiento como mujer con el mismo nombre, porque René es un apelativo asexual.

La película mostraba también cómo la protagonista transexual consiguió que la Asociación Tenista Femenil la aceptara, pues exponían que ella tendría ventaja sobre las demás por haber sido hombre. Sin embargo,

René demostró ante la Corte que con el tratamiento hormonal la corpulencia masculina ya no existía y su fisonomía era femenina. Era tan cierto que nunca ganó un premio internacional ni nacional en su país, pero participó y fue una deportista profesional reconocida, con sus documentos oficiales. Además, la cirugía de reasignación no fue pagada por ella. Fue parte de una lucha que ganó para que el sistema de salud pública en Estados Unidos garantizara esta operación como parte del tratamiento integral a las personas transexuales.

¿Quieres que te diga la verdad? Cuando vi la película pensé: “¡Ay, sí se puede!” Claro que en Estados Unidos la situación era muy diferente a la de México. No obstante, cuando pasaban las escenas de dolor producto de la operación de reasignación de sexo, aunque fueran actuadas percibí un gran sufrimiento físico: ¡gritaba de una forma tan impresionante! Reflexioné en que era posible que yo no soportara ese proceso, por lo de la enfermedad. Fue lo único que me mantuvo callada.

De cualquier manera la vida siempre da vueltas y, como sabes, esta enfermedad que es progresiva tiene periodos de estancamiento y otros de avance: nunca sabemos cuándo van a suceder. Sin embargo, aprendí a identificar el momento en el que comenzaba el ataque, porque había mayor pérdida de masa muscular y de fuerza; después perdí sensibilidad al tacto, sobre todo del lado izquierdo del cuerpo. Siempre estaba presente ese fantasma de que el padecimiento avanzaría, era como un recordatorio constante y silencioso: “¡Te estoy jodiendo, te estoy jodiendo!” Lo más complicado es que

no teníamos idea de a qué parte del cuerpo iba a afectar. Al principio era un patrón: pies, piernas, manos, brazos; total, el aparato locomotor ya quedó, ¡ya párale! No, después atacó la sensibilidad, que afectó la capacidad eréctil. ¿Qué demonios seguía?





Irina

A principios de 2000 me di cuenta de que no podía leer, veía las letras raras y me daban unos dolores de cabeza horribles. Al escribir no veía lo que anotaba. ¿Qué me estaba pasando? Primero, el pánico. El periodo de la negación ya había pasado hacía mucho, pero inmediatamente advertí que algo andaba mal. ¡No podía ser! Le conté a Neli lo que me estaba sucediendo. Te confieso que tenía mucho miedo. Fuimos al Hospital para la Prevención de la Ceguera y, ¿sabes una cosa?, me dio mucho coraje porque ya sabía lo que me iban a decir.

En ese entonces mi madre no estaba en el Distrito Federal, se había ido a ver a mi hermana Yolanda que –¡bendito sea Dios!– se había ido a vivir muy lejos. Todavía tenía una buena relación con *esa señora* que fue tu esposa. Fíjate que pensé en no decirle nada de

lo que me pasaba para no preocuparla, con lo que regresaron los fantasmas de la infancia: no llores, no te angusties, no sientas, no digas nada, no pasa nada.

Después de esa consulta en el Hospital de la Prevención de la Ceguera pasé un peregrinar que duró más de un año, recorriendo consultorios, hospitales, tocando puertas en Neurología, en el ISSSTE... Todo fue muy agotador y brutalmente cruel, porque era el recordatorio de que la enfermedad avanzaba, lo que me hizo darme cuenta de que no me quedaba mucho tiempo de vida. Eso me movió muchas cosas, emociones que no sabía que podía tener. Tú te debes acordar, pues me acompañaste en dos ocasiones a esas consultas.

Neli siempre estuvo conmigo, me acompañó absolutamente a todas las consultas; cuando me dieron los resultados, me confirmaron lo que ya sabía: la enfermedad me estaba afectando los nervios ópticos. ¡Ya estaba muy cerca del cerebro! Así no quería vivir.

En la Embajada de Cuba me dijeron que mandara todos los estudios a ese país, que seguramente podrían ayudarme; así lo hice. La mitad de mi vida se había acabado porque yo no concebía una existencia sin leer el periódico, un libro, lo que fuera. No podía conciliar el sueño sin una lectura, así que dormir se hizo la cosa más difícil. Sentía una soledad terrible en las noches, dejé de usar la computadora y entonces mi vida se convirtió en algo que no me gustaba: me sentía inútil, inservible, muerta. Aunque todavía estaba la posibilidad de ir a Cuba.

Una noche de mayo de 2001 Neli llegó a la casa después del trabajo. Tenía la cara pálida y los ojos sin

expresión, como si hubiera visto un muerto. Yo estaba sentada en la cama y como supondrás en un estado de tristeza muy agudo. Ella se sentó y me dijo que los doctores en Cuba habían dicho que no podían hacer nada, que iba a perder la vista. Me quedé en blanco.

Le pregunté porque no había venido antes a darme la noticia y me respondió que al recibir el diagnóstico no había sabido qué hacer. Me explicó que había querido hablar con mi mamá y contigo, pero los había visto tan ajenos a mí que optó por platicar con Luza, una amiga, porque no sabía cómo darme la noticia.

Yo reaccioné como estaba acostumbrada a hacerlo: no dije nada. Neli se enojó mucho.

– ¿Qué te pasa?, ¿no escuchaste?

– Sí, ya escuché. No te preocupes –le respondí.

– ¡Pero, desahógate! Es que no entiendo tu reacción, cualquier persona estaría derrumbada.

– Es que de verdad no siento nada. Se me fue el sentimiento al hoyo.

Después de este episodio me visitó una amiga cubana, me dijo que la gente del Partido Comunista Cubano me invitaba de vacaciones a la isla con todo pagado porque yo tenía derecho a descansar cuanto quisiera: 15 días, un mes, un año. Le pregunté si había la posibilidad de que los médicos me revisaran, con la intención de que en el Centro Internacional de Restauración Neurológica en Cuba me explicaran qué estaba pasando conmigo y qué debía esperar.

Me fui en julio. Le pedí a Neli que no fuera porque me acompañaría Ivette, una amiga. No tienes idea de

cómo me sentía en esos momentos. Yo sabía que me iba a despedir de Cuba y de mí misma. Sabía que iba a ver cosas que no volvería a ver nunca y que debía entender mis sentimientos. Si Neli iba conmigo, yo iba a estar más preocupada por cómo se sentiría ella que por despotricar y encabronarme por lo que me sucedía. Ella lo entendió.

Estando en La Habana hablé con los médicos de inmediato. El panorama era muy triste. “Está afectando los nervios ópticos, no hay nada que hacer. Conociendo el avance de la enfermedad, en tres años vas a perder la vista por completo”. ¿Te imaginas lo que ese diagnóstico significó para mí? Pensé nuevamente en que así no quería vivir.

Me fui al hotel, me peleé con Ivette y la corrí del cuarto. Salí al *lobby* del piso, vi el elevador y subí al último nivel. Había una ventana no muy alta, me subí a ella, me acomodé, miré hacía abajo y pensé: mejor me muero de una vez. Estaba a punto de aventarme cuando reflexioné que tenía todavía muchas cosas que definir.

Después de 15 o 20 días regresé a México. Sentía que ya no tenía tiempo para seguir en Cuba descansando, debía terminar situaciones inconclusas, no habladas. Uno de las cosas en las que reflexioné durante este viaje fue que si el diagnóstico de los médicos era correcto y yo sólo tenía tres años para aprovechar mi vista, pues la iría perdiendo poco a poco: tenía que verme como siempre me quise ver, como una mujer. Regresé a México con ese propósito, pero no sabía por dónde empezar.

Cuando llegué, como podrás imaginarte, estaba en una encrucijada compleja. Una madrugada me salí a escondidas de la casa, sin que Neli se diera cuenta, según yo. Tenemos cuartos separados desde hace mucho tiempo, por aquello de la independencia. Ese día no hice ruido, salí y llegué al Canal de Chalco. Estaba en la orilla, a punto de bajarme de la silla de ruedas para aventarme al canal, cuando escuché a Neli preguntándome qué hacía.

–Neli, no quiero que veas esto. ¡Vete a la casa! Es un asunto mío, de nadie más, es una decisión que ya tomé.

–Lo que pasa es que nunca has llorado –me dijo mientras me abrazaba. Nunca has podido enfrentar tus sentimientos. Yo creo que tu parte femenina está muy reprimida.

–Es que no estoy acostumbrada a llorar –repliqué. Nunca lo he hecho. ¿Cómo se hace?

–Tienes que explorar tu parte femenina, tal vez así puedas desahogarte.

Nos fuimos a la casa y nos quedamos toda la noche abrazadas. Más adelante, en agosto de ese mismo año, una noche, no recuerdo bien por qué, me pidió quedarse en mi habitación y yo en la suya. En la madrugada miré su closet, vi un vestido y me lo puse. Te juro que dormí como hacía mucho tiempo no podía, con un gusto y una tranquilidad que había olvidado. En la mañana desperté muy descansada y recordé que mi cuerpo no debía haber sido el de un hombre, que era una mujer. Ese día nací como Irina.

Irina. Así se llamaba la enfermera que conocí en la Unión Soviética cuando tenía 16 años; ella tenía 21 y en lugar de enamorarme, como tú hubieras esperado, la hice mi mejor amiga. Era una muchacha pelirroja, su cabello era casi anaranjado y no había una parte de su cuerpo donde no tuviera pecas, toda ella era una peca. De ojos azules, bonita pero baja de estatura, tenía expresiones corporales muy parecidas a las de Neli, la forma de mover una mano, cómo caminaba, cómo corría. Yo pensé alguna vez: “Cuando sea mujer me voy a llamar Irina”, y al tomar la decisión no lo pensé dos veces.

Le comenté a Neli lo que había sucedido y ella me dijo que el episodio del vestido era una muestra de que me hacía bien sacar mi parte femenina y explorarme. Esa mañana le dije: “Me llamo Irina, quiero que me nombres así”. Y aunque al principio para Neli fue un juego de exploración de emociones, una práctica de travestismo con el consentimiento de mi pareja, en mí explotó un volcán que estuvo reprimido mucho tiempo, hasta que sin darme cuenta ya no podía dejar de ser yo misma. Surgí con tal convicción y tal fuerza que en muy poco tiempo dejé la otra imagen, la masculina. Ahora me veo al espejo y ya no me duele, ya no veo a la *otra persona*.

Han pasado siete años y no he perdido la vista totalmente. Sí está deteriorada porque en el ojo izquierdo perdí 60% de la visibilidad y en el derecho 30%; no puedo leer con facilidad. Aprendí a usar la computadora nuevamente. Ahora conozco el teclado de me-

moria y en la pantalla uso las letras a 40 puntos. Sé que si bien tengo una nueva capacidad, estoy viva por decisión y soy mujer por convicción.





Vivir mi vida ahora

Durante todo este periodo de peregrinar en hospitales y con la angustia de que la enfermedad avanzaba y avanzaba, de repente me di cuenta de que mi pareja, Neli, ya no me amaba, que estaba sumergida en el dolor y en la angustia, que nuestra relación se había perdido, no me di cuenta cuándo ni cómo, pero ya no existía.

Al regresar de Cuba lo hablé con ella y me lo confirmé. Yo traté de no tomarlo como un reclamo, sino como un hecho. Porque además no era la primera vez que perdía a alguien. Los diferentes procesos de la enfermedad, a lo largo de mi vida, me arrebataron a las personas más queridas para mí: a ti, a otras parejas, a mis hermanas. La enfermedad me ha quitado los afectos más fuertes que tuve. Por lo tanto, esto no se me hacía extraño, pero sí doloroso.

Sin embargo, tener la certeza de que mi pareja ya no me amaba me dio la confianza de aventarme a este proceso de transexualidad, porque tenía la seguridad de que no la iba a lastimar, de que no iba a dejar a una persona sin su pareja: eso ya estaba finiquitado. No obstante, te puedo asegurar que fue un conflicto muy fuerte. Experimentamos una separación completa, emocional y física. Incluso hubo un tiempo en el que nos dejamos de hablar, porque cuando lo hacíamos eran puros pleitos.

Seguíamos viviendo juntas, pero como dos desconocidas. Nélide se iba a trabajar tempranito y regresaba hasta la noche; no estaba en todo el día. Comenzó a hacer actividades políticas en el sindicato del Metro, yo creo que buscando no estar cerca del problema. Yo me quedaba sola en la casa, metida y ensimismada en mis conflictos. Nos convertimos en dos enemigas implacables.

Si piensas que todo esto fue color de rosa, estás equivocado. Pasamos casi un año así. Mientras mi madre acusaba a Nélide de haberme orillado a vestirme como mujer, ella vivía el duelo de perder físicamente a su pareja y yo descubría una etapa de encuentro, de renacimiento, de pérdidas. Fue una situación dicotómica porque, por un lado, sentía que al mirarme al espejo me acercaba más a lo que yo quería ser y, por el otro, detrás de esa imagen estaban todas mis pérdidas. Era terrible.

Fue un proceso muy solitario. Creo que la transexualidad, dentro de toda la gama de la diversidad sexual, es tal vez la condición en la que más soledad se vive, porque asumir otra personalidad, otro nombre, otra ima-

gen es algo que el mundo a nuestro alrededor no comprende, y quien nos conoció antes prefiere no estar cerca, se va. Yo puedo decir que el 90% de mis amistades se fueron para no volver. Hablo de afectos que yo creía que podían dar la vida por mí.

De la familia únicamente tengo contacto con una tía, hermana de mi mamá (María Elena y su familia), y con dos primos, Iván y Ale, hijos de un hermano de mi mamá. Con nadie más. Ni más tíos ni más primos, ni mis propias hermanas, ni mi mamá, ni tú. Nadie.

¿Quieres que te diga una cosa? Ahora que lo veo a la distancia, creo que tú y yo nunca llevamos una relación sana. He llegado a pensar que no tener contacto contigo nos hace mejores a los dos. Pero te consta que en cierto momento yo traté de acercarme a ti. Hice el esfuerzo de contarte frente a frente lo que iba a pasar.

Contigo sólo fue un intento. Con mi madre y hermanas fue un hecho. ¡Las hubieras visto! Mi mamá se puso a llorar: “¿Qué hice para merecer esto?” Le expliqué que no tenía que ver con ella, que era una condición mía. “Es que cuando naciste el doctor me dijo que eras varoncito” Y ante eso, ¿qué le decía? Pues el doctor se equivocó. Mi decisión no la tomé para lastimar a nadie y tampoco es una locura que se me ocurrió anoche. Es una condición que tengo y que ya me cansé de callar; estoy harta de seguir aparentando, estoy hasta la madre de seguirme travistiendo de hombre. ¡Ya no quiero! Cumplí. Y creo que cumplí bien e incluso demasiado. ¡Déjenme vivir mi vida ahora!

Entonces vinieron los reclamos y las acusaciones. Hubo un distanciamiento automático. La reacción de mis hermanas fue tan infantil que me da risa. Ellas no entraron en conflicto porque su hermano fuera su hermana, sino porque había violentado la tranquilidad de su mamá.

“¿Cómo te atreves a molestar a mi mamá?, la hiciste llorar, le dijiste...”, me reclamaron. Yo les respondí que no se metieran en eso, que era un problema entre mi mamá y yo.

–Pero es que la insultaste.

–Pues ella también me insultó.

Tiempo después me pidieron que les explicara lo que pasaba. Al principio una de ellas, Nayat, me dijo que no había bronca, que la dejara digerirlo, sólo quería hacerme unas preguntas.

–Pregunta lo que quieras –le dije. Comenzó a interrogarme sobre mi adolescencia y de repente me dijo:

–O sea que eres como el del *Silencio de los inocentes*, el asesino que quiere ser mujer.

–¡No, nada que ver! Él tiene un conflicto de identidad de género, pero no le permiten pasar el proceso porque tiene una enfermedad mental, es distinto. Yo estoy sana mentalmente y, por lo tanto, voy a atravesar el proceso –le respondí.

–Pues no lo entiendo y para mí es lo mismo –confesó.

–Pues es que entonces estoy hablando con la pared. Yo no te pido que entiendas, yo misma no lo entiendo. Simplemente respétame.

–¿Cómo que no lo entiendes si es tu decisión? –inquirió.

–Un momento, una cosa es que yo no entienda por qué está pasando esto, por qué toda mi vida no me sentí hombre y por qué quise parecerme a ustedes, y otra cosa es que haya dicho basta y me atreva a pasar este proceso. Esa es la diferencia. No es un capricho, pero no lo entiendo; entonces, tampoco te voy a exigir que lo hagas, pero sí te pido que me respetes –concluí.

–Es que tú mataste a mi hermano.

¡Putá madre! Frente a estos argumentos me dejan en la impotencia de resolver nada.

Con Yolanda, que ya sabes cómo es, fue más rápido:

–No quiero volver a saber de ti. No sé qué les voy a decir a mis hijas. Tú me quitaste a mi hermano, no te lo voy a perdonar nunca, nos engañaste toda la vida.

Con Yanira hubo un intento de acercamiento, pero al final la relación muégano que existe entre mi mamá y mis hermanas terminó por definir el rompimiento total y tajante de las tres conmigo, además de con mi sobrina. Toda la familia dio por supuesto, sintió y se enojó por lo que sucedió a uno u otro miembro de la familia, sin tener todo el contexto del conflicto. Es una complicidad emocional muy cómoda, ¿no te parece?

Contigo fue diferente: tuve que pensar una táctica para decírtelo. ¡Si te contara lo que hice...! Tú sabes que yo me llevaba bien con tu actual mujer. Y es que la verdad, al irte tú de la casa cuando yo tenía 14 años

a mí no me importó la razón: la ventaja para mí fue que te ibas, así que no tenía por qué culparla del divorcio, como hicieron mis hermanas.

El caso es que ella y yo nos respetábamos mutuamente; por eso creí que lo mejor era hablar con ella, primero para que me dijera por dónde llegarte, porque hay cosas en las que no te conozco. Nos quedamos de ver en cualquier lugar.

Quedó muy impactada cuando me vio. Yo tenía el cabello más claro, no tan rubio como ahora, pero ya iba muy transformada, con el desarrollo mamario evidente. Me recomendó ir tratando el asunto contigo por teléfono, temía que si me veías así podrías reaccionar de manera violenta. Decidí pensarlo. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que tuviera que enfrentarte. Al día siguiente de la entrevista con tu esposa me llamaste, ¿te acuerdas? Lo que tengo más presente es el tono iracundo de tu voz.

—No me digas, hijo de tu pinche madre, que a estas alturas de tu vida te diste cuenta de que eres *putito*.

—Espérate. No soy puto, ni fue a estas alturas del partido. Soy mujer y me callé toda la vida por miedo a ti, pero yo quería informártelo de otra forma. ¿Cómo te enteraste?

—¡Claro! Hijo de tu tal por cual, si la última persona en enterarse tenía que ser yo. Pues tu hermanita Yolita me contó. Con ella sí cuento. Para mí estás muerto hijo de la chingada, bla, bla, bla...

Lo que sí te aclaré es que aunque para ti estuviera muerta ibas a tener que seguir depositándome la mi-

serable pensión mensual, porque era tu obligación. Todavía tuviste el descaro de decirme que lo único que me importaba de ti era el dinero. ¿Qué esperabas? Yo quería tener una relación sana contigo, pero nunca lo permitiste. Hay algo que no entiendo: tú tienes amigos homosexuales, papá, y no los tratas como me tratas a mí.





Metamorfosis

Empecé a inyectarme hormonas por mi cuenta. ¿Lo sabías? Un día encontré una página de Internet de personas transexuales; tenían una sala de *chat* a la cual me inscribí para platicar con ellas. De pronto comenzaron a pasarse nombres de medicamentos. ¡Wow! Era algo que estaba buscando hacía tiempo porque yo pensaba que la hormonación estaba prohibida.

Sabía que quería tener el cuerpo de mujer, pero me preguntaba cómo si no tenía lana para operarme. Porque un implante de senos: unos 30,000 varos; un par de nalguitas, pues por ahí más o menos; una operación de rostro, otra lana. Y después la reasignación de sexo... No, pues iba a estar canijo.

Pero también sabía que el proceso de transexualidad empezaba con un tratamiento hormonal. Sin em-

bargo, desconocía cómo obtenerlo o quién lo recetaba. Por eso cuando entré a esa página y me enteré que venden las hormonas sin receta y se pueden comprar en farmacias de similares más baratas, me dije: “Ahora es cuando”.

Las compré. Un momento antes de ponerme la primera ampolleta en la pierna me vi en el espejo y me despedí de la otra imagen: “Adiós, ya te vas para siempre”. La inyección me dolió un chingo.

Ni Nélide, ni tú, ni nadie, sabían nada de esto. Pasaron tres meses y comenzaron a presentarse cambios muy evidentes en mí. La voz me vibraba mucho y no lo podía controlar. Neli me preguntaba qué pasaba, así que para disimular hablaba casi en secreto. Ella se desesperaba porque no me escuchaba, pero eso no era todo: decía que mi mirada era otra, que me estaba cambiando la piel y me salía cabello nuevo. Tuve que decirle que había comprado uno de esos complementos alimenticios que anuncian en la televisión y me lo estaba tomando.

Todo el tiempo en la casa estaba vestida de mujer. Dormía vestida de mujer. Sin embargo, afuera no era lo mismo. Nélide siempre me decía que si iba a salir con ella me cambiara. Para no entrar en conflictos, lo hacía. Cuando salía yo sola iba vestida de mujer, aunque todo el mundo se me quedaba viendo.

Con falda tomaba taxis, ¡y qué! ¡Así soy y qué! Las hormonas de repente empezaron a causar cosas que ya fue inevitable esconder. Cada vez que me maquillaba me veía más femenina. ¿Sabes? Yo no sé qué efecto tengan en el rostro, pero cambia. Dicen los médicos

que la estructura ósea no se transforma. Yo puedo decir que sí. ¡Claro que sí! Se modificaron mis pómulos, el seno frontal, el mentón, la nariz; yo no la tenía tan recta y no está operada. Me cambiaron los hombros, se redujeron. Y no pueden decir que era la masa muscular porque nunca la tuve debido a la enfermedad. Yo de hombros era talla 38 en varón y ve ahora. ¿Quién me dice que no? Yo lo viví. Además, la transición se siente. De repente me dolían la cara o los hombros. En la cadera hubo un reacomodo graso y me crecieron los huesos. Hay cosas que se van haciendo evidentes.

Los problemas verdaderos vinieron cuando Neli se enteró. No era mi intención, pero tuve que decírselo porque me intoxicqué. Me llené de ronchas, no podía respirar. Caí en la cuenta de que eran las inyecciones hormonales y que tenía que ir a un hospital.

Se puso muy mal. Discutimos de forma brutal, nunca nos habíamos dicho cosas que nos lastimaran tanto. Lo que la tenía molesta es que la hubiera dejado al margen de todo, y no tener idea del porqué de la intoxicación. Su reacción fue el ataque. Le reclamé su desamor y me gritó que había dejado de amarme, que la enfermedad era algo que no sabía cómo enfrentar y que no estaba preparada para lo que venía.

Sentí como cuando me pegabas porque tiraba las cosas al no tener fuerza en las manos. ¡Es increíble la violencia de toda índole que esta situación puede desatar, incluso entre personas que se aman!

Luego hablamos con más calma. Le ofrecí una disculpa por no haberla enterado, pero aclaré que no bus-

caba su aprobación: era mi decisión. Para ella fue muy difícil. Lo entendió, pero me dijo que no me ayudaría a inyectarme porque era como contribuir al dolor que sentía por la transformación de su pareja.

Me costaba mucho comprender nuestra nueva situación en la convivencia cotidiana: a veces me trataba como su pareja y a veces no. Si yo quería tener algún acercamiento físico me decía que ya no éramos compañeras, pero cuando se suscitaban este tipo de situaciones relacionadas con el proceso de transexualidad la cosa era diferente. Le comenté que de mi parte no había ningún conflicto en tener una relación con una mujer. Ella no aceptó.

Pasado el episodio de la intoxicación, decidí que lo mejor era consultar a un médico especialista, pero no sabía por dónde empezar, así que fui a ver a mi primo Francisco, mejor conocido como *Violeta*. Como comprenderás, no confesé que quería la información para mí. Le pedí que averiguara los datos del doctor para pasárselos a una amiga. Me pidió un correo electrónico en el que pudiera ponerse en contacto con ella; por supuesto le di el mío, aunque él no lo sabía.

Empezamos a comunicarnos por esa vía; él no se imaginaba que era yo. Me dio los datos del doctor David Barrios. Fui a verlo y me puso una regañiza por haberme automedicado. Suspendimos la hormonación. Me explicó que debíamos hacer muchos estudios y trabajar con un rol de vida femenino para ver cómo iba encajando emocionalmente.

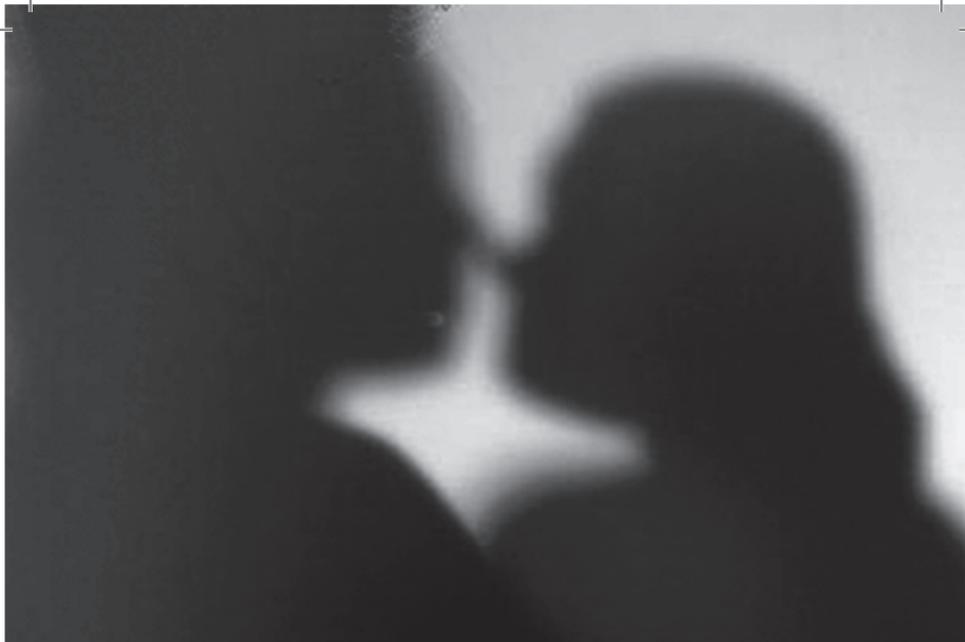
—Pues es que en todos lados ya soy mujer.

—¿Y cómo te va?

—Pues de la chingada, pero ahí voy.

Al empezar el tratamiento hormonal en forma mi feminización se hizo en tres meses. De repente pensaba: “Quién es esa que está en el espejo, preséntenmela, está muy guapa”. Me cambió todo rapidísimo. El año anterior el crecimiento mamario era escaso; en esos tres meses se hizo más evidente. Neli me decía que me estaba poniendo bien nalgona. Yo sentía que soñaba.





Nélida

Para Nélida fue un proceso paulatino. Se acostumbró. Poco a poco perdió sus miedos. Un día le dije a David, mi psicólogo, que Neli creía que debía explicarle a todo mundo lo que nos pasaba, lo cual la metía en un conflicto. Él me comentó que ella no tenía nada que explicar, y que yo se lo explicaría a quien yo quisiera.

Cuando le platicué el episodio a Nélida, me preguntó si podía salir a la calle sin miedo a estar pensando lo que iba a responderle a la gente. “Claro, es mi vida, no la tuya. Tú no tienes que tener miedo. Si la gente pregunta, sabremos si responder o no”. A partir de ese momento le bajó la angustia.

Sin embargo, Nélida tenía otro conflicto. En realidad era más complicado del que pudieran tener ustedes como familiares. No sabía qué clase de relación llevar

conmigo. Su psicóloga le dijo que pensara qué quería que fuéramos: hermanitas, comadritas, amigas, primas, ¿qué? Neli respondió que le gustaba *hermanas*. Claro, su psicóloga jamás le propuso la opción de ser pareja. Porque yo estoy convencida de que si le hubiera ofrecido esa alternativa, ella no se hubiera conflictuado tanto.

Nélida me ha dicho que me ama, pero no sabe qué hacer, cómo decírselo al mundo, asegura que no es lesbiana. Yo le he propuesto que no se etiquete. Si tú me preguntas si soy lesbiana yo te voy a decir que no sé. Tal vez soy bisexual, tal vez ni siquiera sea eso. Me pueden gustar algunos hombres y también me pueden gustar algunas mujeres, no todos ni todas, pero para qué me etiqueto si el amor no tiene género. Uno puede sentir amor por los padres, por los hermanos, por los amigos. Y por ser mujer heterosexual no necesariamente tengo que sentir afecto sólo por hombres. Mis afectos no tienen nada que ver con eso.

Hasta la fecha Neli no puede con la situación. Está buscando pareja, algo que a mí me angustia mucho. En ocasiones me encelo y se empeña en que yo busque pareja también. Cuando le digo que me gusta alguien reacciona de diferentes maneras: si le agrada el fulano me dice que sí está guapo y me sigue el juego; si no le gusta es indiferente. Pero con las mujeres se pone muy celosa. Seguramente tú no entiendes esto; a veces yo tampoco.

Hace poco anduve con un tipo. Capitán, piloto aviador civil. Al principio nos llevábamos bien, pero es muy

violento, posesivo y celoso hasta el tope; eso no me gusta. Empecé a tener broncas con él. Y Nélide me decía que le tuviera paciencia, que esto de la transexualidad era algo nuevo para él.

- Él no me ve como una chica *trans*, me ve como una mujer. Sabe que soy transexual, porque se lo dije, y me aceptó tal cual. No es cuestión de paciencia. Lo que pasa es que piensa como macho y yo no voy a avalar eso, ni me voy a comportar como una mujer sumisa que debe aguantarlo porque hay que tenerle paciencia. No, ni madres. Machos yo no quiero.
- Es que él te habla con mucho cariño, te trata muy bien, lo traes de un ala. Quiere que te vayas a vivir con él. Es que los hombres así son, no los vas a cambiar.
- Neli, tú eres mi maestra, no me decepciones. No voy a cambiar yo a los machos, pero tampoco quiero tolerar a un macho a mi lado, no lo quiero.

Y menos porque su conducta a veces me evocaba la tuya. Cuando lo mandé al diablo, Nélide estaba más angustiada que él, pero tronamos.





¿Amigos? ¡Para qué los quiero!

¿Conoces el libro *I Ching*? Cuando tenemos conflictos fuertes Neli y yo solemos consultarlo. En relación con mi proceso de transexualidad le preguntamos cómo hacerle para comunicárselo a la gente a nuestro alrededor. A grandes rasgos el *I Ching* nos dijo: “Deben informarlo primero a las personas con las que más confianza tienen”. Aconsejaba hacer tres listas: quien lo puede entender, quien lo podrá entender en un futuro y quien jamás lo va a entender. Elaboramos las listas y en las tres nos equivocamos por completo. Creo que con la única persona que no me falló fue contigo: te puse en la columna de *nunca jamás*.

No obstante, mis amigos, los que se quedaban a dormir en la casa, con los que iba al cine, a quienes platicaba mis problemas, los que me contaban sus broncas; amigos de

mínimo 10 años, se dieron la vuelta y se fueron. Unos honestamente dijeron: “No podemos, no sabemos cómo tratarte, teníamos un amigo, contigo no vamos a poder platicar como con él”.

¿Y qué hay de todo lo que me platicaron y conozco? Para la misma gente en algunas circunstancias soy la misma persona, pero en otras no. Es como vivir una psicosis social muy compleja. ¿A partir de cuándo dejé de ser aquél o aquélla, hasta dónde fui su amigo o soy su amiga? La respuesta es complicada. ¿Hasta dónde la amistad se rige por un género y no por un afecto? Se fueron. De parte de ellos sí sentí discriminación, intensa. Incluso un día me invitaron a una supuesta fiesta y lo único que hicieron fue reunir a sus amistades y familiares para evidenciarme: “Esto que ven ahora no es nuestro amigo, es esta cosa”. ¿Te imaginas cómo me humilló eso?

Otros pidieron tiempo: “Tenemos que acostumbrarnos”, y tampoco regresaron. Algunos más dijeron sí, no hay bronca, pero se fueron. Con una mano puedo contar a los amigos que se quedaron. Esos que cuando les hablo, ahí están. Su comportamiento es afectivo, cariñoso, solidario, comprensivo, de respeto. Para ellos soy Irina, así me tratan.

Tengo un amigo que se llama Luis; con él fue raro el cambio. Te voy a contar por qué. Él es un chavo con una formación tradicional en nuestro país. Una familia nuclear que en la sala tiene la foto de la boda de los papás, en el comedor está una reproducción de la última cena... En resumen, muy común. Las tendencias

políticas de Luis hacia la izquierda y su amor por la Revolución Cubana han sido adoptadas de forma individual; las aprendió y se comprometió por sí mismo. Por eso lo admiro. Cuando le comenté lo del proceso de transexualidad, Luis me dijo: “Va a estar cabrón, pero dame tiempo, deja que me vaya despidiendo de mi amigo y conociendo a mi amiga”.

Como nos frecuentábamos a menudo por la Promotora de Solidaridad con Cuba, él se fue acostumbrando a mi transformación paulatina. De repente en una fiesta de Va por Cuba yo estaba sentada con amigas, Luis llegó y al saludarme me dio mi beso. ¡Ay, qué chido! Y todos los demás se asombraron. Haz de cuenta que él abrió una puerta. Irina no es contagiosa. A partir de ahí, todo mundo me empezó a saludar de beso.

Fue difícil al principio la relación con las personas que me conocieron antes de ser Irina. Había unas que llegaban y me decían:

– ¿Qué pasó compadre, cómo estás?

– ¡Cómo compadre, güey! ¿Qué no estás viendo?

Tienen esquematizada una imagen, de tal manera que aunque esa persona cambie, de voz y de aspecto, siguen visualizando el pasado. Esos actos, aunque a veces son involuntarios, los considero discriminatorios, y se sienten feo.

¿Sabes? La gente que ya me conoció como Irina no se imagina que antes fui otra persona. Cuando les he tenido que decir, porque a veces me meto en un conflicto ético, su primera reacción es abrir la boca: “¿Qué?, ¿cómo crees? Me estás cotorreando. O sea, ¿qué es ser

transexual?, ¿estoy entendiendo mal o es lo que me estoy imaginando. A ver, explícame: ¿tú naciste niño? No te puedo creer, no es cierto, no es cierto”.



Vale la pena ser mujer

Yo sé que te resulta sumamente difícil comprender todo esto. No has estado cerca y no he podido explicártelo. Para la psiquiatría, basada en el *DSM4* –que es el manual sobre perturbaciones mentales– la transexualidad es un trastorno de la identidad de género; por lo tanto, estoy loca pero no estoy loca. Te explico: estoy loca en mi género, pero no en mi conciencia. Desde este punto de vista la transexualidad es un proceso que inicia con el tratamiento hormonal y psicológico o psiquiátrico y culmina con la reasignación quirúrgica. Puede o no existir la rectificación de documentos oficiales, porque eso no depende de la persona ni del médico, sino de las leyes. Para un psiquiatra, cuando una ya está operada finaliza el proceso de la transexualidad.

Los psicólogos y sexólogos difieren mucho de tal perspectiva y la mayoría sostienen que el proceso de la transexualidad termina cuando el entorno social de la persona la considera según el rol desempeñado, cuando se logra la integración.

Tomar a la cirugía de reasignación como un factor para considerar acabado el proceso de transexualidad, en países como México, es subjetivo. Una persona dejaría entonces de ser transexual cuando tuviera dinero: esa visión es elitista. Yo te digo que estoy al final del proceso porque todo mi entorno social, laboral, familiar, afectivo, todo mi círculo, ahora me considera como una mujer.

Han sido muchos los espacios conquistados. Por ejemplo, el laboral me costó más trabajo del que te imaginas. Sin embargo, ahora existe respeto y cordialidad. Obviamente hay gente a la que cuando me ve entrar en la oficina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) le da diarrea, pero nunca tuve relación con tales personas, ni siquiera antes del proceso. Mi jefe es un hombre de 54 años; no sabes cómo ha luchado para vencer sus prejuicios. Al principio le chocaba, ahora ya no. Actualmente me habla en femenino, me trata bien. Incluso hasta nos llevamos, bromeamos. Podemos meternos a su cubículo y platicar horas; todo mundo afuera se pregunta de qué tanto nos reímos. Se ha vuelto una relación muy sana y cordial, es un hombre solidario. Quien automáticamente aceptó una relación de mancuerna fue una compañera de la oficina. “Ay si manita, no te preocupes, vente para acá”. Con los hombres ha sido más complicado, pero lo he logrado.

En mi casa, en la unidad donde vivo, he logrado ganar batallas fuertes: ya no me molestan, tengo un permiso escrito para conservar mis rampas. Además, los vecinos se refieren a mí –aunque en su momento les dieron retortijones hepáticos– como Irina.

Estoy al final del proceso de transexualidad porque mi terapeuta todavía no me dice que estoy dada de alta, pero yo puedo decir con toda la sapiencia y con toda mi seguridad interna que soy una mujer. ¿Operada? No me he realizado ninguna cirugía para feminizarme, no la he requerido, y la cirugía de reasignación de sexo no es fundamental. La transexualidad fue sólo un proceso. ¿Qué soy? Mujer. ¿Quién soy? Irina. ¿Quién fui? Irina. Estaba escondida, reprimida, aterrada, pero ahí estaba. Lo único que necesité fue un proceso para nacer, y aquí estoy.

Lo más difícil de este proceso fue la vida cotidiana con mi ex pareja. Veía cómo día tras día nos íbamos separando más, aunque físicamente estábamos juntas. Después logramos reintegrar y crear una nueva relación. No obstante, esa angustia de ver cómo el amor, el afecto, esa relación de 10 años se iba desintegrando, fue terrible. El conflicto con ustedes, los miembros de mi familia consanguínea trajo dolor, pero no fue tan tremendo. Sólo se definieron cosas que posiblemente ya estaban ahí; además, como viví tanto tiempo fuera de México me acostumbré a vivir sin esos lazos.

El proceso ha conllevado mucha soledad, porque si bien es una de las condiciones en las que la persona está más cerca de sí misma, voltea alrededor y está sola. En

casi todas las experiencias similares que conozco quienes han pasado por un proceso de transexualidad se han distanciado de la familia: se van, no pueden soportarlo. Algunos intentan regresar, pero siempre hay fracturas.

Ahora que soy una mujer completa he sentido la discriminación por mi género, por ser mujer: es terrible. Por ejemplo, la forma como los hombres tratan de ligarte es muy pinche. Eres mujer, eres cogible, punto. Por un lado, me siento completamente satisfecha de ser yo misma, pero la sociedad no deja de ser machista. Si no estás acompañada de un hombre el trato es distinto, es como si al estar junto a un varón la sociedad nos diera el derecho de ser.

Sin embargo, vale la pena ser mujer, luchar por ser quién soy y existir.



Prefiero estar viva

Ya antes del proceso de transexualidad había vivido la discriminación por dos causas: la primera, por la discapacidad que me produjo la enfermedad; la segunda, por ser hija tuya, un luchador social, y hacer mía después una postura política contraria al sistema. ¿Cuál es peor?

Pues verás. La discriminación a personas con discapacidad se ve reflejada más que nada en la *invisibilidad*: no existimos, no nos toman en cuenta ni voltean a vernos, y si lo hacen es para criticar: “¿Ya viste sus brazos y sus piernas?”; “ha de ser *mongolito*”; “ay, ¿por qué tiene la cara así?”; “escucha cómo habla”. Se trata de una situación derivada del desconocimiento y del temor. Las personas tienen más miedo que interés en saber qué nos está pasando.

La exclusión en este sentido también se da a través de barreras monumentales, pues se considera más importante la estética arquitectónica que la funcionalidad y las necesidades de la gente. Cambiar el ambiente por un entorno accesible a nosotros ha representado una lucha muy larga. Por lo menos ya existen leyes orientadas a mejorar la situación. Que se cumplan es otra cosa.

Por otro lado, la participación política en contra del sistema, del gobierno, ponía en riesgo la vida en aquellos años en que yo fui niña y adolescente. ¡Tú lo sabes! Evidentemente se vivía una discriminación severa: nos etiquetaban, éramos hijos de los *comunistas*, palabra casi prohibida. “Es que los comunistas se comen a los niños”; “si toman el poder te van a quitar tu coche y tu casa”. Por tales prejuicios se creó un ambiente en el que la gente evitaba hablarnos, nos relegaron de la sociedad e, incluso, había quien pensaba que era legítimo matarnos, porque nos consideraban peligrosos. La sociedad estaba facultada para calificarnos, discriminarnos, hostigarnos y castigarnos.

Todo el tiempo que estuviste en la cárcel, y aun muchos años después, la familia vivió con miedo. ¿Recuerdas la impotencia y el terror cuando asesinaron a Hilario Moreno, luchador social poblano y militante del Partido? Es sólo un ejemplo. Cualquier policía, cualquier coche sospechoso era motivo para tener cuidado. “No digas cosas que te puedan comprometer frente a nadie”, “no te aprendas números telefónicos”: estas eran normas en la casa. Parece que a mí me dijeron lo contrario: “Memoriza todos los números telefónicos que

escuches". ¡Los recordaba todos! ¡Era horrible! Todos. Si algún día me hubieran agarrado con ganas de sacarme información, yo les hubiera dado los teléfonos de todo el Comité Central. En fin, vivíamos con ese miedo, con ese estigma.

¿Cuál de los dos tipos de discriminación es más nocivo? ¡Wow! Yo prefiero estar viva, ser quien soy y seguir luchando para que todos tengamos la posibilidad de desplazarnos libremente, dignamente; para que se nos dé la oportunidad de ser quienes somos y de luchar contra esa exclusión que a veces la gente lleva a cabo sin saber que viola los derechos de los demás.

¿Sabes? Lo peor de todo es que la discriminación acaba por convertirse en algo cotidiano, *normal*. Para quienes somos víctimas de esa situación jamás será natural, pero llegamos a acostumbrarnos. Es terrible. Para las personas con discapacidad acceder al baño, por ejemplo en los Sanborns, es imposible. Son contados los lugares que tienen adecuaciones. Podrán tener el símbolo de las personas con discapacidad, pero el baño no está adaptado, la silla no cabe. Imagínate la escena: me muero de ganas de hacer pipí, estoy frente al wc sin poder acceder a él. Me doy la vuelta y me voy con inflamación de vejiga, dolor abdominal, coraje y una gran frustración... ¿Qué hacer? Me tengo que acostumbrar a ir a lugares seleccionados previamente, donde sé que puedo entrar sin problemas al baño. Pero entonces no pertenezco a todos lados, hay sitios en los que no soy bienvenida, aunque no me lo digan, basta con querer entrar y no poder.

Te doy otro ejemplo: el transporte público, ¿qué tan público es? Viajar en Metro es imposible, hay estaciones donde las escaleras tienen una profundidad impresionante: Camarones, Auditorio, Copilco, Pantitlán. Estas situaciones son normales para la mayoría de la sociedad, aunque también afectan a adultos mayores, madres con varios hijos, enfermos que no necesariamente son personas con discapacidad, etcétera... De cualquier modo, la gente se acostumbra a lo que más le acomoda y no respeta los espacios especiales para nosotros. Si alguien llega a un centro comercial y hay un cajón con el símbolo internacional de accesibilidad y abajo dice: “Exclusivo para personas con discapacidad” (no me gusta la palabra pero, bueno) o “tercera edad” o “mujeres embarazadas” lo mismo se estaciona, porque está desocupado o porque es el más cercano a la entrada de la tienda. Entonces, los pocos espacios que hemos logrado conquistar son vistos por los demás sectores de la población como un *privilegio*, no como una necesidad. “¿Por qué ellos están más cerca de la entrada que yo?” Eso es lo que dicen. ¡Pero intenta quitarlos: me he aventado unas broncas tremendas por eso! ¡Incluso en la UNAM se presenta esta situación! ¡Es una vergüenza que en la máxima casa de estudios no adopten una conducta de inclusión y respeto a las diferencias!

En los cines, centros comerciales y esquinas donde hay rampas la mayoría de las veces están obstruidas. Además, no son funcionales: tienen una inclinación mortal. Cualquier persona en plenitud de sus capaci-

dades físicas, lloviendo, se mata en esas rampas. Si las quiero bajar sola con la silla de ruedas me voy de boca; si las quiero subir, me voy de cabeza. ¿Las hicieron para cubrir una norma o realmente para ser operativas?; ¿tú qué crees? La verdad no entiendo.

Cualquier forma de discriminación lleva su grado de agresividad. Ser invisible para los demás es ser agredido. Que ocupen mis rampas es un acto agresivo. Que no pueda entrar a un baño, meterme al cine y tener que ocupar un espacio determinado –no el que yo quiero, sino el que me asignan– donde no estorbe y no donde vea mejor, es una agresión.

Fíjate que el otro día me comentaba una periodista de Multivisión: “Oye, sólo te faltó ser indígena para llevarte el carro completo”. Sí, ¡qué horror!: mujer, política, transexual, persona con discapacidad. ¡Wow! Me merezco la lotería, ¿no? ¡Por dios!

Creo que a pesar de todo se han logrado algunas cosas. La situación no es igual hoy que hace 10 años. Desde luego, quienes vivimos la discriminación quisiéramos que todo fuera más rápido y que quienes hacen las leyes impusieran las condiciones para que éstas fueran respetadas.

A mí no me basta que exista una *Ley General para Personas con Discapacidad*, si nadie la hace cumplir. A mí qué me importa que ese documento diga que tengo derecho a una rampa, si nadie me lo garantiza. O que la *Ley de Vivienda del Distrito Federal* asiente que todo proyecto de vivienda proveniente de los programas gubernamentales contará con el 10% de sus espacios para

personas con discapacidad, si no lo hacen. ¿Quién los obliga, a dónde acudo para obligarlos si al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) no le han dado la facultad de ejercer un poder coercitivo sino conciliador? Estarás de acuerdo en que en algunos ámbitos puede funcionar, como en el laboral o el educativo, pero la conciliación entre particulares es complicadísima. Primero, dile a la víctima que se siente a conciliar con los que la agreden; luego, dile a los agresores no solamente que lo tienen prohibido, sino que pueden ser acreedores a una sanción, pero, ¿quién los sanciona? Si el delito de discriminación queda ambiguo, laxo, si es tan sutil, se convierte en algo poco tangible y demostrarlo es para la víctima un terrible infierno.

Por ejemplo: ¿cómo demuestro que mis vecinos me discriminan, con qué pruebas?; ¿cómo expongo que me ponchan las llantas de mi silla de ruedas, si para moverme tengo que reparar la pinchadura y cuando llego al Ministerio Público ya no existe la evidencia?; ¿cómo le demuestro al Ministerio Público, burócrata y legaloide, que la actitud de mis vecinos me afecta emocionalmente? Eso es resultado de la discriminación, y también es discriminatorio que la carga de la prueba siempre esté del lado de la víctima. ¿Cómo lo hago?; ¿llorando o indignada? Porque indignada estoy, pero la indignación tampoco es un argumento legal.

No podría explicarte hasta qué grado es complicado enfrentar la exclusión. Sin duda han habido avances: existe el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, pero no tiene facultades para calificar, castigar e

imponer sanciones. Nos tienen atados de manos. A pesar de que la discriminación es antiquísima es nueva en el ámbito legal; se requiere sensibilizar a las personas que tienen a su cargo la defensa de las leyes. Porque los abogados por naturaleza son muy cuadrados y no entienden otra cosa más que lo escrito en la ley; y eso cuando la conocen, ya que, por ejemplo, la *Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación* se promulgó apenas en 2003 y no ha tenido suficiente difusión.





Inexistencia

El asunto de la transexualidad es de una complejidad brutal para los abogados. Para demostrarles quién soy es preciso un papelito oficial que tenga escrito mi nombre, Irina Echeverría, y que especifique que soy de sexo femenino. Si presento un documento con un nombre distinto, masculino, me enfrento a la primera discriminación por parte de la autoridad: no soy quien digo ser.

Jurídicamente no existo. Tampoco hay ninguna ley o jurisprudencia en la que las personas transexuales podamos ampararnos para exigir la rectificación de nuestra acta de nacimiento. Si queremos llevar a cabo ese procedimiento tenemos que promover un juicio de demanda en contra del Registro Civil, que es llevado por un juez. Si él, por su criterio personal, determina que no existen los elementos suficientes para hacerlo,

pues comprenderás que ya me amolé, no me da la rectificación. Si por el contrario accede, no me dan un acta de nacimiento nueva: recibo la anterior con una anotación al reverso que especifica que a partir de tal día me llamo Irina. Entonces, en cualquier lugar donde tenga que presentar mi acta de nacimiento se van a enterar no sólo de que me llamo Irina por rectificación, sino de que soy transexual. Eso nos sigue haciendo vulnerables a discriminaciones. ¿Qué voy a hacer cuando solicite un empleo en donde me pidan un acta de nacimiento o un pasaporte?

En México vivimos en la prehistoria jurídica. En otros países como Inglaterra, Holanda, Suiza, Suecia, Canadá, y creo que ahora España, la rectificación de acta por ser transexual es legal; a quienes están en tal situación los amparan las leyes, porque en esos países sí hacen caso a los tratados internacionales y les entregan un documento nuevo: te llamas Irina Echeverría, tus padres son los mismos, tu sexo es femenino y el acta de nacimiento es original. A diferencia de ello, en nuestro país las lagunas en el ámbito legal permiten excusar a los funcionarios públicos de los actos discriminatorios que cometen: total, no hay ninguna ley que los obligue a actuar de manera distinta.

Es necesario sensibilizar a las personas que tienen a su cargo el respeto a las leyes. Te aseguro que a mí no me causa ningún conflicto presentarme ante alguna autoridad y decir: “Me presento con el nombre de Irina Echeverría y me identifico con este documento que tiene x nombre, con el que fui registrada de nacimiento; pero me llamo Irina y me identifico como Irina, el

mundo entero me conoce como Irina. Me reivindico. Solicito que a partir de este momento se me nombre en femenino. El documento oficial sólo sirve para identificarme; aquí está, asiente el nombre que viene ahí, pero yo soy Irina y eso es legal porque no hay una sola ley que me lo prohíba”.

En ciertos ámbitos he conseguido que las cosas sucedan de conformidad con lo anterior, en algunos ministerios públicos lo logré. Pero no sabes lo que me ha costado. Por ejemplo, los vecinos de la unidad habitacional donde vivo me demandaron ¡por haber construido una rampa para mi silla de ruedas! ¡Qué rabia que me dio! Me parece un claro acto francamente discriminatorio. Tuve que enfrentar el hostigamiento constante de esta gente. La unidad habitacional está llena de violaciones a la *Ley Condominal* y la única demanda que existe es en mi contra, ¡por una rampa! ¿No te parece discriminación eso? Si ellos son salvaguardas de las áreas comunes, que levanten demandas en contra quienes han violado la *Ley Condominal*, y yo me sumo con gusto.

A la gente, incluyendo a los funcionarios públicos, le es muy difícil comprender la transexualidad. Pero, ¿qué pasa, por ejemplo, con nuestro ex presidente Guadalupe Victoria? Era doblemente travesti, ¿no?, ¿o transexual, o transgénero o qué demonios era para tener dos nombres femeninos?

El origen de la problemática es esta sociedad que nos obliga a masculinizar hasta los nombres femeninos: a los Isabel les dicen “Chabelos”; a los Concepción “Chones”,

don “Chon”; a los José María, “Chemas”, pero son masculinos. Yo soy mujer y ¡carajo!, ¿no me puedo llamar Irina?

Con todo, tengo que decirte que me encanta estar viva y ser quien soy. A pesar de la discriminación, a pesar de todo el camino que falta por recorrer para que se respeten los derechos de todas las personas.



Colofón

Han pasado siete años desde que inició el terrible deterioro de mis ojos; no he podido acostumbrarme del todo, pero hago un esfuerzo grande. Sin embargo, el pinche fantasma de la enfermedad comienza a rondar de nuevo.

A principios de diciembre de 2006 aparecieron temblores involuntarios en mi brazo derecho; a finales de ese mes me vino la primera convulsión. Al principio no quise asustarme, pero después de presentarse la segunda y la tercera en un lapso de dos meses tuve que enfrentar lo inevitable: la enfermedad estaba avanzando otra vez.

Los temblores se hicieron cada vez más frecuentes, casi siempre acompañados por una convulsión; las jaquecas y dolores musculares posteriores a las sacudidas me pueden durar varios días. Hoy sufro episodios similares a diario y no sé cuánto pueda soportar este

nuevo embate. Primero es el brazo derecho, después se convierte en una incontenible sacudida que atraviesa todo el torso y sube hasta la cabeza. En ocasiones puede cesar un poco e inmediatamente viene un aletargamiento muy desagradable: me siento ausente, no comprendo lo que me dicen y percibo todo muy lento. Después... la convulsión. Me he golpeado muy fuerte, me he caído en el baño y en toda la casa. Chichones y hasta un hombro dislocado. Mis emociones se multiplican y confunden: miedo, incertidumbre, desolación, furia. Lo único que me saca a flote es que mi soledad se siente acompañada. Neli está conmigo.

En estos momentos hago un recuento de mi vida y estoy satisfecha con ella. Estoy enamorada de una mujer maravillosa, entregada y solidaria. Una mujer que pese a todo y tanto dolor permanece a mi lado. Ojalá tú y mi madre aprendieran el verdadero significado del amor. Tengo que reconocer que los he llegado a extrañar, pero ustedes me enseñaron a vivir con su ausencia.

¿Que si soy lesbiana? Tal vez, y no me avergüenza. Traté de aceptar las presiones sociales de la heterosexualidad, pero no obtuve la satisfacción erótica y emocional que encuentro en las mujeres.

La única seguridad que tengo es que no me equivoqué: no me equivoqué al decidir atravesar este proceso transexual, no me equivoqué al enamorarme de Neli, no me equivoqué al luchar por un mundo más justo. Al fin y al cabo, tengo el corazón del lado izquierdo de mi pecho.

DIRECTORIO

Presidencia del CONAPRED y de su Junta de Gobierno

Gilberto Rincón Gallardo

JUNTA DE GOBIERNO

Daniel Francisco Cabeza de Vaca Hernández, Carlos Aguilar Suárez, Ernesto Javier Cordero Arroyo, Gustavo Nicolás Kubli Albertini, Edmundo Alvarado Soto, Mauricio Hernández Ávila, Bernardo Emilio Fernández del Castillo Sánchez, Jorge Santibáñez Romellón, Ramón Díaz de León Espino, Patricia Espinosa Torres, Luis de la Barreda Solórzano, Roberto Javier Blancarte Pimentel, Miguel Carbonell Sánchez, Rosa María Álvarez de Lara, Arturo Díaz Betancourt, Mario Luis Fuentes Alcalá, Olivia Joanna Gall Sonabend, Covadonga Pérez Villegas, Lourdes Arizpe Schlosser, Renee Dayan Shabot, Rocío García Gaytán, José Luis Tiscareño Morán, Isabel Priscila Vera Hernández, Daniela Verderi Muñuzurí, Ricardo López Flores, Adriana González Furlong, Jorge A. Saavedra López, Laura Hernández García, María Cecilia Landerreche Gómez Morín, Guillermo Octavio Huerta Ling, René Luengas Pérez, Rodrigo Quevedo Daher, Rogelio Arias Pérez, Raúl Medina Rodríguez, José López Villegas (secretario técnico).

ASAMBLEA CONSULTIVA

Rosa María Álvarez de Lara, Francisco Javier Rangel González, Roberto Javier Blancarte Pimentel, José Luis Buendía Hegewisch, Renee Dayan Shabot, Mario Luis Fuentes Alcalá, Olivia Joanna Gall Sonabend, Roberto Gutiérrez López, Arturo Díaz Betancourt, Isabel Gardea Espino, María Angélica Luna Parra, Covadonga Pérez Villegas, Jesús Eduardo Toledano Landero, Alejandro Quintero Novella, María de la Luz Lina Casas Martínez, Sandra Jiménez Loza, Roy Campos, Adriana Ortiz Ortega, Judith Bokser Misses, Rogelio Hernández López.

CONAPRED

Secretaría Técnica y Dirección de Coordinación Territorial
e Interinstitucional

MARÍA JOSÉ MORALES GARCÍA

Dirección General Adjunta de Estudios,
Legislación y Políticas Públicas

JOSÉ LÓPEZ VILLEGAS

Dirección General Adjunta de Quejas y Reclamaciones

VILMA RAMÍREZ SANTIAGO

Dirección General Adjunta de Vinculación,
Programas Educativos y Divulgación

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ ESPÍNDOLA

Dirección de Administración y Finanzas

JOSÉ LUIS PÁEZ CABALLERO

Dirección Jurídica, de Planeación y Evaluación

MARÍA ELENA MARTÍNEZ GUERRERO

Programa de la Presidencia del CONAPRED para los
Derechos de las Personas con Discapacidad

AMALIA GAMIO RÍOS

Programa de la Presidencia del CONAPRED
en Materia de no Discriminación por Género,
Preferencia Sexual e Identidad de Género

ANGIE RUEDA CASTILLO

*Carta a
mi padre.*

*Testimonio de una persona
transexual con discapacidad, editado
por la DIRECCIÓN GENERAL ADJUNTA DE
VINCULACIÓN, PROGRAMAS EDUCATIVOS Y
DIVULGACIÓN, del CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN (CONAPRED), se
terminó de imprimir en abril de 2008 en
Impresora y Encuadernadora Progreso
SA de CV, tirándose 15,000 ejem-
plares más sobrantes para
reposición*

CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN